

NICCOLÒ AMMANITI

Tú y yo



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

TÚ Y YO

NICCOLO AMMANITI



Tú y yo de **Niccolo AMMANITI** publicado por la editorial **ANAGRAMA**. Colección:
Panorama de narrativas, 806, ISBN: **9788433978363**
Título original: *Io e te* traducido por **Juan Manuel Salmerón Arjona**
Fecha de la edición original: *2010*

Reseña:

Encerrado en el sótano para pasar su semana de vacaciones lejos de todos, un introvertido adolescente de catorce años se dispone a vivir su sueño solipsista de felicidad: sin conflictos, sin molestos compañeros de escuela, sin comedias ni ficciones. El mundo, con sus reglas incomprensibles, ha quedado al otro lado de la puerta. Hasta que un día su hermana, nueve años mayor que él, irrumpe en su búnker llena de vitalidad y lo obliga a quitarse la máscara de adolescente difícil y a aceptar el juego caótico de la vida exterior. Una excepcional novela de formación que nos presenta una desgarradora visión de ese mundo adolescente.

Y éste es para mi madre y mi padre

En la noche oscura del alma, son siempre las tres de la mañana.
FRANCIS SCOTT FITZGERALD, *La edad del jazz*

*But can you save me?
Come on and save me
If you could save me
From the ranks of the freaks
Who suspect they could never love anyone.*
AIMEE MANN, *Save Me*

Se llama mimetismo batesiano a la propiedad que tiene una especie animal inofensiva de parecerse, en color y comportamiento, a otra tóxica o venenosa que vive en su mismo hábitat. Así, la mente del predador asocia la especie mimética a la especie peligrosa, lo que aumenta sus posibilidades de supervivencia.

CIVIDALE DEL FRIULI

12 DE ENERO DE 2010

—¿CAFÉ?

Una camarera me mira por encima de las gafas. Lleva un termo plateado.

Le tiendo la taza.

—Gracias.

Me la llena hasta el borde.

—¿Ha venido por la feria?

Niego con la cabeza.

—¿Qué feria?

—La de caballos.

Se queda mirándome. Espera que le diga por qué he venido a Cividale del Friuli. Al final saca una libreta. —¿Qué habitación tiene?

Le enseño la llave.

—Ciento diecinueve.

Apunta el número.

—Si quiere más café, puede servirse usted mismo en el bufé.

—Gracias.

—De nada.

En cuanto se aleja, saco un papel doblado en cuatro de mi cartera y lo despliego sobre la mesa.

Es una nota que escribió mi hermana hace diez años, el veinticuatro de febrero de dos mil.

Yo tenía catorce años y ella veintitrés.

ROMA. DIEZ AÑOS ANTES

1

LA noche del dieciocho de febrero de dos mil me acosté temprano y me dormí enseguida, pero a media noche me desperté y ya no pude conciliar el sueño.

A las seis y diez, tapado hasta la barbilla con el edredón, respiraba por la boca.

La casa estaba en silencio. No había más ruidos que el de la lluvia batiendo contra la ventana, el que hacía mi madre en el piso de arriba yendo y viniendo del dormitorio al cuarto de baño, y el del aire que entraba y salía por mi tráquea.

No tardaría mi madre en venir a despertarme para llevarme con los otros.

Encendí la lámpara con forma de grillo que tenía en la mesita. La luz verde pintó un rincón de cuarto en el que se veía la mochila llena de ropa, el chaquetón y un bolso con las botas y los esquiés.

Entre los trece y los catorce años di un estirón tremendo, como si me hubieran dado abono, y superé en altura a todos los de mi edad. Mi madre decía que me habían estirado dos caballos de tiro. Me pasaba un montón de tiempo ante el espejo, mirándome la piel blanca llena de pecas, el vello de las piernas. En la cabeza me crecía una mata de pelo castaño entre la que asomaban las orejas. La pubertad había remodelado mis facciones y me separaba los ojos verdes un narizón enorme.

Me levanté y metí la mano en el bolsillo de la mochila, apoyada junto a la puerta.

—La navaja está. Y la linterna. Todo —dije en voz baja.

Los pasos de mi madre en el pasillo. Debía de llevar los zapatos azules de tacón alto.

Me metí en la cama, apagué la luz y fingí que dormía.

—Lorenzo, arriba, que es tarde.

Alcé la cabeza de la almohada, me froté los ojos.

Mi madre subió la persiana.

—¡Qué día tan horrible!... Esperemos que sea mejor en Cortina.

La luz tétrica del alba dibujaba su fina silueta. Se había puesto la falda y la chaqueta gris que usaba en las ocasiones importantes. El suéter de cuello redondo. Las perlas. Y los zapatos azules de tacón alto.

—Buenos días —dije bostezando, como si acabara de despertar.

Mi madre se sentó en la cama.

—¿Has dormido bien, cielo?

—Sí.

—Voy a prepararte el desayuno... Tú, mientras, lávate.

—¿Y Nihal?

Me peinó el pelo con los dedos.

—A esta hora duerme. ¿Te dio las camisetas planchadas?

Dije que sí con la cabeza.

—Venga, levántate.

Eso quería yo, pero algo me oprimía el pecho.

—¿Qué pasa?

Le tomé la mano.

—¿Me quieres?

Ella sonrió.

—Pues claro que te quiero. —Se puso en pie, se miró en el espejo que había junto a la puerta y se alisó la falda—. Va, arriba. ¿También hoy hay que insistirte para que te levantes?

—Un beso.

Se inclinó sobre mí.

—Que no te vas a la mili, que te vas de semana blanca.

La abracé, hundí la cabeza en el cabello rubio que le caía por la cara y pegué la nariz a su cuello.

Olía bien. Me hacía pensar en Marruecos. Callecitas muy, muy estrechas, llenas de tenderetes con polvos de colores. Aunque yo nunca había estado en Marruecos.

—¿A qué hueles?

—A jabón de sándalo. El que uso siempre.

—¿Me lo prestas?

Enarcó una ceja.

—¿Para qué?

—Para lavarme con él y llevarte conmigo.

Retiró las mantas.

—¿Lavarte? ¡Qué novedad! Va, tonto, si ni te acordarás de mí.

Por la ventanilla del BMW iba mirando la tapia del zoo, cubierta de carteles electorales mojados. Allá arriba, en la jaula de las rapaces, se veía un buitre posado en una rama seca. Parecía una vieja de luto durmiendo bajo la lluvia.

La calefacción del coche me sofocaba y las galletas se me habían atragantado en la garganta.

Cesaba la lluvia. Una pareja, gordo él, delgada ella, hacía gimnasia en las escaleras cubiertas de hojas mojadas del museo de arte moderno.

Miré a mi madre.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin apartar los ojos de la carretera.

Inflé el pecho queriendo imitar la voz grave de mi padre.

—Arianna, a ver si lavas el coche que parece una pocilga rodante.

No se rió.

—¿De tu padre te has despedido?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no haga tonterías ni esquíe como un loco. —Hice una pausa—. Y que no te llame cada cinco minutos.

—¿Eso ha dicho?

—Sí.

Cambió de marcha y torció en la Flaminia. La ciudad empezaba a llenarse de coches.

—Llámame cuando quieras. ¿Lo llevas todo? ¿Música? ¿El móvil?

—Sí.

El cielo gris gravitaba sobre los tejados y entre las antenas.

—¿Y la bolsa de las medicinas la has cogido? ¿Has echado el termómetro?

—Sí.

Un muchacho en una moto reía con el móvil metido bajo el casco.

—¿Y el dinero?

—Sí.

Cruzamos el puente sobre el Tíber.

—Lo demás creo que lo miramos anoche. Lo llevas todo.

—Sí, lo llevo todo.

Estábamos parados en un semáforo. En un Cinquecento había una mujer mirando al frente. Por la acera pasaba un anciano tirando de dos perros labradores. En un árbol pelado cubierto de bolsas de plástico que sobresalía del agua color barro había una gaviota posada.

Si hubiera venido Dios y me hubiera preguntado si quería ser esa gaviota, habría dicho que sí.

Me quité el cinturón de seguridad.

—Déjame aquí.

Mi madre me miró como si no hubiera entendido.

—¿Cómo aquí?

—Sí, aquí.

El semáforo se puso en verde.

—Para, por favor.

Pero ella arrancó. Suerte que delante llevábamos un camión de la basura que nos frenaba.

—¡Mamá! Que pares.

—Ponte el cinturón.

—Te digo que pares.

—¿Por qué?

—Porque quiero llegar solo.

—No lo entiendo...

Alcé la voz:

—¡Para, por favor!

Mi madre se apartó a un lado, apagó el motor y se echó el pelo hacia atrás.

—¿Y ahora qué pasa? Lorenzo, por favor, no empecemos. Sabes que a estas horas no razono.

—Pasa que... —Apreté los puños—. Que todos vienen solos. Y yo no puedo presentarme contigo. Quedaría fatal.

—A ver si lo entiendo... —Se frotó los ojos—. ¿Quieres que te deje aquí?

—Sí.

—¿Y no puedo darles las gracias a los padres de Alessia?

Me encogí de hombros.

—No hace falta. Se las doy yo.

—Ni hablar. —Y giró la llave de contacto.

Me arrojé sobre ella.

—No... No... Por favor.

Me rechazó.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Que quiero ir solo. No puedo llegar con mi madre. Se reirían de mí.

—¡Qué tontería! Quiero ver si todo va bien, si puedo hacer algo. Me parece lo menos. No soy grosero como tú.

—No soy grosero. Soy como todos.

Puso el intermitente.

—No. De ninguna manera.

No había calculado yo que mi madre se empeñaría tanto.

Me estaba poniendo rabioso. Empecé a darme puñetazos en las piernas.

—¿Qué haces?

—Nada. —Agarré la manivela de la puerta con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Podía arrancar el retrovisor y romper el cristal de la ventanilla.

—¿Por qué eres tan chiquillo?

—Eres tú, que me tratas como a un... gilipollas.

Me fulminó con la mirada.

—No digas palabrotas. Sabes que no lo soporto.

Y no hay necesidad de que me montes un número.

Di un puñetazo en el salpicadero.

—¡Mamá, quiero ir solo, maldita sea! —Me atragantaba de puro rabioso—. Vale. Pues no voy. Ya puedes estar contenta.

—Mira que me enfado, Lorenzo.

Yo tenía una última baza.

—Todos dijeron que irían solos. Yo soy el único que va siempre con su mamaíta. Por eso tengo problemas.

—Ahora no me echas a mí la culpa de tus problemas.

—Papá dice que debo ser independiente, que debo hacer mi vida, que debo despegarme de ti.

Mi madre entrecerró los ojos y apretó los finos labios como para impedirse hablar. Se volvió a mirar los coches que pasaban.

—Es la primera vez que me invitan... ¿Qué pensarán de mí? —seguí yo.

Miró a un lado y a otro como buscando a alguien que le dijera qué hacer.

Le cogí la mano.

—Mamá, estate tranquila...

Sacudió la cabeza.

—No, no estoy nada tranquila.

Con el brazo ciñendo los esquís, la bolsa con las botas en la mano y la mochila a cuestas, vi a mi madre dar media vuelta. Me despedí y esperé a que el BMW desapareciera puente adelante.

Eché a andar por vialde Mazzini. Pasé el edificio de la RAI. Unos cien metros antes de Col di Lana reduje el paso, mientras el corazón se me aceleraba. La boca me sabía amarga, como si hubiera chupado un alambre de cobre. Con todo aquello encima iba agobiado, y el plumífero era una sauna.

Llegué al cruce y asomé la cabeza por la esquina.

En la otra punta, ante una iglesia moderna, había un gran Suv Mercedes, y Alessia Roncato, su madre, el Sumerio y Oscar Tommasi estaban metiendo el equipaje en el maletero. Un Volvo se detuvo junto al Suv y de él se apeó Riccardo Dobosz, que se reunió con los otros. Un instante después se apeó también el padre de Dobosz.

Me retiré y me pegué a la pared. Dejé los esquís, me abrí el plumífero y volví a asomarme.

La madre de Alessia y el padre de Dobosz estaban colocando los esquís en el techo del Mercedes. El Sumerio daba saltitos y propinaba en broma puñetazos a Dobosz. Alessia y Oscar Tommasi hablaban por el móvil.

Tardaban un montón. La madre de Alessia se enfadó con su hija porque no la ayudaba, el Sumerio se subió al techo del coche para comprobar que los esquís estaban bien sujetos.

Y al final partieron.

En el tranvía me sentía un idiota. Con los esquís y las botas, apretujado entre empleados de

chaqueta y corbata y madres que llevaban a sus hijos a la escuela.

Cerraba los ojos y me imaginaba montado en el funicular. Con Alessia, Oscar Tommasi, Dobosz y el Sumerio. Podía oler la manteca de cacao, las cremas bronceadoras. Bajábamos de la cabina riendo, empujándonos y hablando en voz muy alta, pasando de la gente, como hacían esos a los que mis padres llamaban sinvergüenzas. Yo podría decir cosas graciosas que los harían reír mientras se ponían los esquís. Hacer imitaciones, contar chistes. A mí en público nunca se me ocurría nada gracioso. Hay que estar muy seguro de uno mismo para decir cosas graciosas en público.

—Sin humor la vida es triste —dije.

—Y que lo digas —contestó una mujer a mi lado.

Esto del humor lo dijo mi padre un día que estábamos dando un paseo por el campo y mi primo Vittorio me tiró una mierda de vaca. Me dio tanta rabia que cogí una piedra y la estampé contra un árbol, mientras el subnormal de mi primo se revolcaba por el suelo muerto de la risa. Mis padres también se rieron.

Cargué con los esquís y me apeé del tranvía.

Miré la hora. Las seis menos diez.

Demasiado pronto para volver a casa. Mi padre estaría saliendo para el trabajo y seguro que me lo encontraba.

Me dirigí a Villa Borghese, y en la hondonada que hay junto al zoo, por la que los perros pueden correr libremente, me senté en un banco, saqué una Coca-Cola de la mochila y bebí un trago.

El móvil empezó a sonar en el bolsillo.

Esperé un poco antes de responder.

—Mamá...

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Habéis salido ya?

—Sí.

—¿Hay tráfico?

Un dálmata me pasó al lado a toda velocidad.

—Un poco...

—¿Me pasas a la madre de Alessia?

Bajé la voz.

—No puede hablar. Va conduciendo.

—Pues te llamo esta noche y le doy las gracias.

El dálmata empezó a ladrarle al ama para que le lanzara un palo.

Tapé el micrófono con la mano y eché a correr hacia la calle.

—Vale.

—Hasta luego.

—Vale, hasta luego, mamá... ¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo?

—Nada, en la cama, quería dormir otro poco.

—¿Y qué haces luego?

—Iré a ver a la abuela.

—¿Y papá?

—Acabar de irse.

—Ah..., bien. Adiós.

—Adiós.
Perfecto.

Allí estaba el Cercopiteco, barriendo las hojas de patio.

Así llamaba yo a Franchino, el portero. Era igualito que el mono que vive en el Congo. Tenía la cabeza redonda y una tira de pelo cano que, rodeándole el cogote, le pasaba por encima de las orejas y le llegaba, mandíbula abajo, hasta la barbilla. Y tenía una única ceja, oscura, en medio de la frente. También su manera de andar era peculiar. Caminaba algo encorvado, con los brazos largos colgando, las manos vueltas hacia delante y meneando la cabeza.

Era de Soverato, Calabria, donde vivía su familia. Pero llevaba toda la vida trabajando en mi bloque. A mí me caía bien. Mis padres no lo soportaban porque decían que se tomaba demasiadas confianzas.

Ahora la cuestión era entrar sin que me viera.

Franchino era lentísimo y cuando se ponía a barrer el patio no acababa.

Me escondí tras un camión que había aparcado en la acera de enfrente y llamé con mi móvil a su casa.

El teléfono empezó a sonar en el semisótano. El Cercopiteco tardó bastante en oírlo. Por fin dejó la escoba, se encaminó a la garita con su anclar oscilante y desapareció por la escalera que llevaba a su piso.

Cargué con los esquís y las botas y crucé la calle. A punto estuvo de atropellarme un Ka, que empezó a pitarme. Los coches de detrás dieron un frenazo y me insultaron.

Dándome ánimos, con los esquís que se me caían y la mochila que me segaba los hombros, apagué el móvil y franqueé la verja. Pasé junto a la fuente cubierta de musgo en la que vivían unos peces rojos y la superficie de césped con bancos de mármol en los que no podíamos sentarnos. El coche de mi madre estaba aparcado junto a la marquesina del portal, bajo una palmera que ella hizo tratar contra el gorgojo rojo, que es un parásito de las palmeras.

Rogando a Dios no encontrarme con nadie que saliera del edificio, entré en el vestíbulo, eché a correr por la pasarela roja, dejé atrás el ascensor y empecé a bajar las escaleras que llevaban al sótano.

Llegué abajo sin aliento. Tanteé la pared hasta encontrar el interruptor. Se encendieron dos largos tubos fluorescentes que iluminaron un pasillo estrecho y sin ventanas. Por una pared corrían tuberías, en la otra había puertas cerradas. Llegué a la tercera, me saqué del bolsillo una llave larga, la introduje en la cerradura y abrí la puerta.

Daba a un cuarto grande y rectangular. En lo alto había dos ventanucos llenos de polvo por los que se filtraba una luz mortecina que caía sobre muebles cubiertos con telas, cajas llenas de libros, de cacharros de cocina y de ropa, muebles carcomidos, mesas y puertas, lavabos cubiertos de cal, pilas de sillas de rejilla. Mirases a donde mirases, había trastos amontonados. Un sofá de flores azules. Colchones de lana enmohecidos. Una colección de revistas de Selecciones del Reader's Digest apolilladas. Discos viejos. Lámparas con la pantalla torcida. Un cabezal de hierro batido. Alfombras envueltas en periódicos. Un gran bulldog de cerámica con una pata rota.

Una casa de los años cincuenta metida en un sótano.

Pero a un lado había un colchón con mantas y una almohada. Y en una mesita, bien ordenadas, diez latas de carne Simmenthal, veinte de atún, tres paquetes de pan de molde, seis tarros de conservas, doce botellas de agua mineral con gas Ferrarelle, zumos de fruta y Coca-Cola, un bote de crema de cacao Nutella, dos tubos de mayonesa, galletas, bollos y dos tabletas de chocolate con leche. Y sobre una caja un televisor pequeño, la playstation, tres novelas de Stephen King y

unos cuantos tebeos de Marvel.

Cerré la puerta.

Allí iba a pasar yo mi semana blanca.

2

NO empecé a hablar hasta los tres años y la conversación nunca fue mi fuerte. Cuando un desconocido me dirigía la palabra, le contestaba sí, no, no lo sé. Y si insistía, le contestaba lo que quería oír.

Las cosas, una vez pensadas, ¿qué necesidad hay de decirlas?

—Lorenzo, eres como las plantas crasas, creces sin molestar, te basta una gota de agua y un poco de luz —me decía una vieja tata de Caserta.

Para hacerme jugar, mis padres me traían niñeras. Pero yo prefería jugar solo. Cerraba la puerta y me imaginaba que mi habitación era un cubo que erraba por el espacio desolado.

Los problemas llegaron en la escuela.

Guardo pocos recuerdos de esa época. Me acuerdo del nombre de mis maestras, de las adelfas del patio, bandejas de papel de plata llenas de espaguetis humeantes del comedor. Y de los otros.

Los otros eran todos los que no eran mi madre, mi padre y mi abuela Laura.

Cuando los otros se metían conmigo, cuando no me dejaban en paz, era como si me subiera por las piernas un fluido rojo que me llenaba el estómago y se me extendía hacia las manos. Entonces apretaba los puños y reaccionaba.

Un día tiré a Giampaolo Tinari de un muro y al caer se dio con la frente en el cemento y tuvieron que darle cuatro puntos. Llamaron a mi casa.

En la sala de profesores le decía la maestra a mi madre:

—Es como si estuviera en la estación esperando el tren para volver a casa. No se mete con nadie, pero si algún compañero lo molesta, grita, se pone rojo de rabia y lanza todo lo que tiene a mano. —La maestra miró al suelo apurada—. A veces da miedo. Yo, la verdad, le aconsejaría que...

Mi madre me llevó a ver al profesor Masburger.

—Ya verás. Ayuda a muchos niños.

—¿Y cuánto tiempo tengo que estar?

—Tres cuartos de hora. Dos veces por semana. ¿Te parece bien?

—Sí, no es tanto.

Si mi madre creía que así sería como los otros, bien estaba. Todos, incluida mi madre, debían de pensar que yo era un niño normal.

Me llevaba Nihal. Una secretaria gorda que olía a caramelo me hacía entrar en un cuarto de techo bajo que olía a humedad. La ventana daba a una tapia gris. De las paredes color avellana colgaban viejas fotos de Roma en blanco y negro.

—¿Ahí se tumban todos los que tienen problemas? —pregunté al profesor Masburger cuando me pidió que me tendiera en una camilla forrada de brocado descolorido.

—Sí, todos. Así podrás hablar mejor.

Perfecto. Fingiría ser un niño normal con problemas. No me costaría mucho. Sabía exactamente cómo pensaban los otros, qué les gustaba, qué deseaban. Y si lo que sabía no era suficiente, aquella camilla me transmitiría, como un cuerpo caliente transmite calor a un cuerpo frío, los pensamientos de los niños que se habían tumbado antes que yo.

Y así le hablaba de otro Lorenzo. De un Lorenzo al que le daba vergüenza hablar con los otros pero que quería parecerse a ellos. Me gustaba fingir que me gustaban los otros.

Unas semanas después de empezar la terapia oí a mis padres hablando en voz baja en el salón. Fui al despacho. Quité unos volúmenes de la estantería y pegué la oreja a la pared.

—¿Y qué le pasa? —estaba diciendo mi padre.

—Dice que Lorenzo padece un trastorno narcisista.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que es incapaz de sentir empatía por los demás. Para él, lo que queda fuera de su entorno afectivo no existe, le es indiferente. Cree que es especial y que sólo las personas especiales pueden comprenderlo.

—¿Quieres saber lo que pienso? Que ese Masburger es un payaso. No he visto nunca chico más cariñoso que nuestro hijo.

—Es verdad, pero sólo con nosotros, Francesco. Lorenzo cree que nosotros somos especiales y a los demás no los considera a su nivel.

—¿Es un chulo? ¿Eso está diciéndonos el profesor?

—Dice que tiene un ego imponente.

Mi padre soltó una carcajada.

—Menos mal. Imagínate que tuviera un ego miserable. Se acabó, librémoslo del inepto ese antes de que lo trastorne de verdad. Lorenzo es un niño normal.

—Lorenzo es un niño normal —repetí yo.

Poco a poco fui comprendiendo cómo debía comportarme en la escuela. Tenía que mantenerme aparte, pero no mucho, porque entonces llamaba la atención.

Me confundía como una sardina en un banco de sardinas. Me camuflaba como un insecto palo entre las ramas secas. Y aprendí a controlar la rabia. Descubrí que el estómago era como un depósito, y cuando se llenaba, lo vaciaba por los pies, la rabia pasaba a la tierra, penetraba en las entrañas del mundo y se consumía en el fuego eterno.

Así dejaron de meterse conmigo.

En secundaria me mandaron al St Joseph, un colegio inglés lleno de hijos de diplomáticos, de artistas extranjeros enamorados de Italia, de ejecutivos americanos e italianos que podían permitirse pagar el internado. Allí todo el mundo estaba desplazado. Hablaban idiomas diferentes y parecían estar de paso. Las chicas formaban grupo aparte y los chicos jugaban al fútbol en un gran campo de césped que había delante de la escuela. Yo me encontraba bien.

Pero mis padres no estaban contentos. Querían que hiciera amigos.

El fútbol era un juego estúpido, todos persiguiendo un balón, pero era el juego que gustaba a los otros. Si aprendía a jugar, tendría amigos.

Me armé de valor y me puse en la portería, donde nadie quería estar. Descubrí que defenderla del ataque del enemigo no estaba tan mal, después de todo. Había un tal Angelo Stangoni que cuando cogía el balón no había dios que se lo quitara. Llegaba como el rayo a la portería y chutaba fortísimo. Un día lo derriban de una patada. Penalti. Yo me coloco en el centro de la portería. Él toma impulso.

Yo, me digo, no soy un ser humano, soy un Ñuzo, un animal feísimo y agilísimo creado en un laboratorio de Umbría, que sólo tiene una misión en la vida, tras la cual puede morir tranquilo: defender la tierra de un meteorito mortal.

Así que Stangoni chutó, fuerte, recto, a mi derecha. Yo volé como sólo un Ñuzo puede volar, extendí los brazos y allí estaba la pelota, entre mis manos: paré el penalti.

Recuerdo que mis compañeros me daban abrazos, y era bonito, porque creían que yo era

como ellos.

Me incluyeron en el equipo. Empecé a tener compañeros que me llamaban a casa. Contestaba mi madre y se alegraba de poder decir:

—Lorenzo, es para ti.

Yo decía que salía con mis amigos pero en realidad iba a casa de mi abuela Laura, que vivía en un ático cerca de nosotros, con Pericles, un viejo basset hound, y Olga, la cuidadora rusa. Nos pasábamos las tardes jugando a la canasta. Ella bebía Bloody Mary y yo zumo de tomate con pimienta y sal. Teníamos un trato: ella me encubría con lo de los amigos y yo no decía nada de sus Bloody Mary.

Pero la educación secundaria acabó pronto. Mi padre me convocó en su despacho, me pidió que me sentara en un sillón y me dijo:

—Lorenzo, creo que es hora de que vayas a un instituto público. Se acabó tanto colegio privado de hijos de papá. Dime, ¿qué te gusta más, las matemáticas o la historia?

Yo eché un vistazo a todos sus libracos sobre los antiguos egipcios y babilonios que tenía alineados en las estanterías.

—La historia.

Me dio una palmada, satisfecho.

—Estupendo, querido mío, tenemos los mismos gustos. Verás como te gusta el instituto de letras.

Cuando, el primer día de escuela, llegué al instituto público, casi me desmayo.

Aquello era infernal. Había cientos de chavales. Parecía que acudían a un concierto. Algunos eran mucho mayores que yo. Incluso llevaban barba. Y las chicas tenían tetas. Todos iban con moto, con patinete. Corrían, reían, gritaban, entraban y salían del bar. Uno trepó a un árbol y colgó de una rama la mochila de una chica, mientras ella le tiraba piedras.

Me ahogaba. Tuve que apoyarme en la pared, que estaba llena de pintadas y dibujos.

¿Por qué tenía que estudiar? ¿Por qué funcionaba el mundo así? Nacemos, estudiamos, trabajamos y morimos. ¿Quién había decidido que ése era el mundo justo? ¿No podíamos vivir de otro modo? ¿Como los hombres primitivos? ¿Como mi abuela Laura, que estudiaba en casa con maestros que iban a darle clase? ¿No podía hacer yo lo mismo? ¿Por qué no me dejaban en paz? ¿Por qué tenía que ser como los otros? ¿Por qué no podía vivir solo en un bosque canadiense?

—Yo no soy como ellos. Yo tengo un ego imponente —susurré, cuando tres bestias cogidos del brazo me apartaron de un empujón, como si fuera un bolo.

—Desaparece, microbio.

Mis piernas, rígidas como palos, me llevaron al aula como en trance. Me senté en la penúltima fila, cerca de la ventana, y procuré volverme invisible.

Pero descubrí que en aquel planeta hostil la técnica mimética no funcionaba. En aquel colegio, los predadores estaban mucho más evolucionados y eran mucho más agresivos, y se movían en grupo. El que permanecía en letargo, el que se comportaba de manera anómala, era inmediatamente percibido y castigado.

Me rodeaban, se reían de mi modo de vestir, de que no hablara. Y al final me lapidaban con el borrador de la pizarra.

Yo rogaba a mis padres que me cambiaran de colegio, un centro para inadaptados o sordomudos sería perfecto. Buscaba excusas para quedarme en casa. Dejé de estudiar. Me pasaba las clases contando los minutos que faltaban para salir de aquella cárcel.

Una mañana me quedé en casa fingiendo dolor de cabeza y vi por la tele un documental sobre insectos imitadores.

En no sé qué parte de los trópicos vive una mosca que imita a las avispas. Tiene cuatro alas, como todas las de su especie, pero las superpone de manera que parecen dos. Tiene el abdomen de rayas amarillas y negras, antenas, los ojos saltones y un aguijón de mentira. No hace nada, es buena. Pero, vestida como una avispa, infunde miedo a aves, lagartos y hasta a seres humanos. Entra tranquilamente en los avisperos, uno de los lugares más peligrosos y vigilados del mundo, y nadie la reconoce.

Me había equivocado en todo.

Ya sabía lo que tenía que hacer.

Imitar a los más peligrosos.

Empecé a vestir como vestían los otros, con zapatillas de deporte Adidas, vaqueros con rotos, sudadera negra con capucha. Me peinaba sin raya y me dejé el pelo largo. Quise también ponerme un pendiente, pero mi madre no lo permitió. En cambio, por Navidad me regalaron una moto, la más común.

Caminaba como ellos, abriendo las piernas. Arrojaba la mochila al suelo, le daba patadas.

Los imitaba, pero con discreción. De la imitación a la caricatura hay un paso.

En clase fingía prestar atención, pero en realidad pensaba en mis cosas, me inventaba historias de ciencia ficción. Iba incluso a gimnasia, les reía las gracias a los otros, gastaba bromas tontas a las chicas. Un par de veces les contesté a los profesores de mala manera. Y entregué un control en blanco.

La mosca se integró perfectamente en la sociedad de las avispas y logró engañar a todos. Creían que era uno de ellos. Que era como hay que ser.

A mis padres les contaba que en la escuela todos decían que era simpático e inventaba historias entretenidas que me habían ocurrido.

Pero cuanto más representaba la farsa, más diferente me sentía. El abismo que me separaba de los otros se ahondaba más y más. Cuando estaba solo era feliz, con los otros debía actuar.

Esto, a veces, me horrorizaba. ¿Tendría que imitarlos toda la vida?

Era como si, en mi fuero interno, la mosca me dijera la verdad. Que los amigos enseguida nos olvidan, que las chicas son malas y se ríen de nosotros, que el mundo de fuera no es más que lucha y violencia.

Una noche tuve una pesadilla de la que desperté gritando. Soñé que la camiseta y los vaqueros eran mi piel y las Adidas mis pies. Y que debajo de la chaqueta, que era dura como un exoesqueleto, se agitaban cien patitas de insecto.

Todo fue más o menos bien hasta una mañana en que, por un instante, deseé no ser una mosca disfrazada de avispa, sino una avispa de verdad.

Yo solía pasarme los recreos yendo y viniendo por los pasillos llenos de estudiantes como si estuviera haciendo algo, para que nadie sospechase nada. Y poco antes de que sonara el timbre volvía a mi sitio y me comía mi trozo de pizza con jamón, como el que todo el mundo le compraba al bedel. Y, como siempre, en el aula se libraba la batalla del borrador: había dos bandos que, frente por frente, se lo tiraban. Si me daban a mí, respondía procurando no acertarle a nadie, para evitar represalias.

Aquella mañana, Alessia Roncato, que se sentaba detrás de mi, y Oscar Tommasi estaban hablando muy en secreto, y apuntaban nombres en un papel.

¿Qué estaban tramando?

A mí no debía importarme nada, nada en absoluto, pero, movido por la maldita curiosidad que a veces me entraba sin razón, me recliné en la silla y presté atención.

—¿Y tú crees que le dejarán venir? —decía Oscar Tommasi.

—Si se lo dice mi madre, sí —contestó Alessia Roncato.

—¿Y cabremos todos?

—Claro, es muy grande...

Alguien empezó a gritar y no pude oír más.

Seguramente iban a dar una fiesta y estaban decidiendo a quién invitar.

Al salir me puse los auriculares pero no encendí la música. Alessia Roncato y Oscar Tommasi habían hecho corro junto a la pared del colegio, con el Sumerio y Riccardo Dobosz. Se los veía muy excitados. El Sumerio hacía como que esquiaba y describía zigzags. Dobosz se le subió a cuestras e hizo como que lo estrangulaba. No sé lo que le decía Alessia a Oscar Tommasi, pero éste miraba al Sumerio y a Dobosz con ojos que echaban chispas.

Me acerqué a unos metros y al final supe qué pasaba.

Alessia los había invitado a pasar la semana blanca en su casa de Cortina.

Aquellos cuatro eran distintos de los otros. Iban a la suya y se veía que eran uña y carne. Parecía que los rodeara una burbuja invisible en la que sólo podía entrar quien ellos quisieran.

Alessia Roncato era la jefa y la chica más guapa del instituto. Pero no se lo tenía creído, no quería parecerse a nadie, era ella y punto.

Oscar Tommasi era delgadísimo y tenía movimientos femeninos. En cuanto hablaba todos se reían.

Riccardo Dobosz era muy callado y siempre estaba ceñudo como un samurái.

El que más me gustaba era el Sumerio. No sabía por qué lo llamaban así. Tenía una moto de cross y era bueno en todos los deportes, y se decía que llegaría a ser campeón de rugby. Estaba cuadrado, tenía unas manos que parecían mazas, el pelo cortado a cepillo, la nariz chata. Yo creo que si le daba un puñetazo a un alano, lo deslomaba. Iba a segundo, pero nunca se metía con los más pequeños. Para él los que iban a un curso inferior eran como los ácaros de los colchones, que existen pero no se ven.

Ellos eran los Cuatro Fantásticos y yo era Estela Plateada.

El Sumerio subió a la moto, montó a Alessia, que se le abrazó como si temiera perderlo, y arrancó haciendo chirriar las ruedas. También los demás estudiantes se encaminaron poco a poco a sus casas y despejaron la calle. La tienda de discos y la de electrodomésticos tenían la persiana bajada, era la hora de comer.

Me quedé solo.

También yo debía volver a casa. Mi madre me llamaría en diez minutos si veía que no llegaba. Apagué el móvil. Me quedé mirando fijamente las pintadas de espray, hasta que se desenfocaron. Manchas de color en una pared.

Si Alessia me hubiera invitado a mí, habrían visto lo bien que esquiaba. Y les habría enseñado rutas secretas.

Yo iba a esquiar a Cortina desde que nací. Conocía todas las pistas y sabía un montón de rutas alternativas. Mi preferida empezaba en el monte Cristalino y terminaba en medio del pueblo. Atravesaba el bosque y tenía saltos increíbles, una vez vi dos gamuzas justo detrás de una casa. Y luego podíamos ir al cine y tomarnos un chocolate caliente en Lovat.

Teníamos muchas cosas en común. Que Alessia poseyera una casa en Cortina no podía ser una casualidad. Y entonces comprendí. También ellos eran moscas que se hacían pasar por avispa. Solo que imitaban a los otros mucho mejor que yo. Si hubiera ido a Cortina, habrían visto que era como ellos.

Cuando llegué a casa, mi madre estaba enseñándole a Nihal una receta de osobuco. Me senté, abrí y cerré el cajón de los cubiertos y dije:

—Alessia Roncato me ha invitado a esquiar a Cortina.

Mi madre me miró como si le hubiera dicho que me había salido rabo. Buscó una silla, respiró hondo y balbució:

—Vida mía, ¡pero qué contenta estoy! —Y me dio un abrazo fortísimo—. ¡Qué bien! Perdona un momento.

Se levantó, me sonrió y corrió a encerrarse en el baño.

¿Qué le pasaba?

Escuché tras la puerta. Estaba llorando, y a ratos se sorbía. Luego oí que abría el grifo y se lavaba la cara.

Yo no entendía nada.

Empezó a hablar por el móvil.

—Francesco, oye una cosa. A nuestro hijo lo han invitado a esquiar... Sí, en Cortina. Ves como no hay por qué preocuparse... Yo de la alegría me he puesto a llorar como una tonta. Me he encerrado en el baño para que no me vea...

Estuve unos días queriendo decirle a mi madre que era mentira, que lo había dicho en broma, pero cada vez que lo intentaba la veía tan contenta y entusiasmada, que me alejaba derrotado y con la sensación de haber cometido un homicidio.

El problema no era decirle que me lo había inventado, que nadie me había invitado a ningún sitio. Era humillante, pero podría soportarlo. Lo que no podría soportar era la pregunta que seguro que seguía.

—¿Y por qué has mentado, Lorenzo?

Y a esta pregunta no sabía qué contestar.

Por las noches, en mi cuarto, buscaba una respuesta.

«Porque...»

Pero era como si el cerebro tropezara con un escalón.

«Porque soy un gilipollas.» Esta era la única respuesta que acertaba a darme. Pero sabía que no bastaba, debajo había algo que no me apetecía saber.

Así que, al final, me dejé llevar por la corriente y empecé a creérmelo. Se lo conté hasta al Cercopiteco. Cada vez resultaba más convincente. Me inventé detalles. Iríamos a un refugio y montaríamos en un helicóptero.

Les hice a mis padres comprarme los esquís, las botas y un plumífero nuevo. Y con el paso de los días empecé a creer que Alessia me había invitado de verdad.

Cerraba los ojos y la veía acercarse. Yo estaba quitándole la cadena a la moto y ella me miraba con sus ojos azules, se pasaba los dedos por el flequillo rubio, ponía una Nike sobre la otra y me decía:

—Oye, Lorenzo, he organizado una semana blanca. ¿Quieres venir?

Yo me lo pensaba un poco y contestaba:

—Sí, vale, voy.

Hasta que un día, estando en mi habitación con las botas nuevas puestas, vi de pronto en el espejo del armario a un chaval en calzoncillos, blanco como la cera, con las piernas flacas como palos, con cuatro pelos y un minitórax, calzado con aquellas ridículas cosas rojas, y después de mirarlo medio minuto con la boca medio abierta, le pregunté:

—Pero ¿tú adónde vas?

Y el chaval del espejo me respondió con una voz extrañamente adulta:

—A ninguna parte.

Y me arrojé en la cama, con aquellas botas puestas y con la sensación de que me habían

echado encima una tonelada de escombros. Me preguntaba cómo podía salir de aquel lío y me decía que si intentaba otra vez creerme que Alessia me había invitado, me tiraba por la ventana y allí se acababa todo, adiós muy buenas.

Era lo más sencillo. Para la vida de mierda que llevaba.

—¡Ya sé! Le digo que no puedo ir porque la abuela Laura esta en el hospital muriéndose de cáncer. —Puse una voz grave, miré hacia arriba y dije—: Mamá, he decidido no ir a esquiar por la abuela. ¿Y si se muere y no estoy?

Era una idea buenísima... Me quité las botas y me puse a dar brincos por el cuarto como si el suelo quemara. Saltaba del suelo a la cama y de la cama al escritorio, haciendo cabriolas entre el ordenador, los libros, la pecera de las tortugas, mientras cantaba:

—Escucha, hermano... —di un salto y me colgué de la estantería—, la canción de la alegría...

Pero ¿qué estaba haciendo?

—El canto ale... gre...

¿Utilizaba la muerte de mi abuela para salir del paso?

Sólo a un monstruo como yo podía ocurrírsele algo tan horrible.

—¡¿No te da vergüenza?! —grité, y me arrojé a la cama y hundí la cara en la almohada.

¿Cómo librarme de aquel embuste que estaba volviéndome loco?

Y entonces me acordé del sótano.

Oscuro. Acogedor.

Y olvidado de todos.

3

EN el sótano se estaba caliente. Había un cuartito de baño con las paredes llenas de manchas de humedad. La cadena del váter no funcionaba, pero podía llenar un cubo de agua en el lavabo.

Pasé el resto de la mañana leyendo *Las noches de Salem* de Stephen King y durmiendo. Para comer me zampé media tableta de chocolate.

Era el superviviente de una invasión extraterrestre. La raza humana había sido exterminada y sólo nos habíamos salvado unos cuantos, escondiéndonos en los sótanos. Yo era el único que seguía vivo en Roma. Para poder salir debía esperar a que los extraterrestres se volvieran a su planeta. Y esto, por razones que yo ignoraba, no ocurriría hasta dentro de una semana.

Saqué de la mochila la ropa y dos frascos de espray autobronceador. Me puse las gafas de sol y el casco y me rocié la cara y las manos.

Así embadurnado, me encaramé a una cómoda y dejé el móvil en la repisa de la ventana, donde había dos rayas de cobertura.

Abrí una lata de alcachofas y me comí cinco. Aquello sí que eran vacaciones, y no lo de Cortina.

El teléfono me despertó de un sueño profundo. Estaba oscuro. Alcancé a tientas el móvil y haciendo equilibrios sobre una caja contesté en voz muy alta:

—¡Mamá!

—¿Qué tal?

—¡Muy bien!

—¿Dónde estás?

¿Qué hora era? Miré la pantalla del móvil. Las ocho y media. Había dormido cantidad.

—En una pizzería.

—Ah... ¿En cuál?

—En... —No recordaba el nombre de la pizzería a la que íbamos siempre a comer con la abuela.

—¿La Pedavena?

—Sí, ésa.

—¿Y qué tal el viaje?

—Muy bien.

—¿Y el tiempo?

—Excelente... —Quizá exageraba—. Bueno. No está mal.

—¿Y hay nieve?

¿Cuánta nieve podía haber?

—Bastante.

—¿Va todo bien? Tienes una voz rara.

—No, no, todo bien.

—Pásame a la madre de Alessia, que quiero saludarla.

—No está. Estamos solos. La madre de Alessia se ha quedado en la casa.

Silencio.

—Ah... Bueno, te llamo mañana y me la pasas. O me llamas tú.

—Vale. Ahora te dejo que traen las pizzas. —Y dirigiéndome a un camarero imaginario—:
Para mí... La de jamón para mí.

—Pues en eso quedamos. Hasta mañana. Y no olvides lavarte.

—Adiós.

—Adiós, cielo. Diviértete.

No me fue mal, superé la prueba. Satisfecho, encendí la playstation dispuesto a jugar un rato a Soul Reaver. Pero el asunto de la llamada me daba que pensar. Mi madre no cejaría hasta hablar con la madre de Alessia, demasiado bien la conocía yo. Y si no podía por teléfono, era capaz de presentarse en Cortina. ¿Y si le decía que la señora Roncato se había roto una pierna y estaba en el hospital? No, tenía que encontrar algo mejor. Pero no se me ocurría nada.

El olor a humedad empezaba a fastidiarme. Abrí la ventana. La cabeza me cabía justo por los barrotes.

El jardín de la señora Barattieri estaba cuajado de hojas secas. Una farola difundía una luz fría que caía sobre la verja cubierta de yedra. A través de la fronda se entreveía el patio. El Mercedes de mi padre no estaba. Habría salido a cenar o a jugar al bridge.

Volví a la cama.

Mi madre estaría tres pisos más arriba tendida en el sofá, con los perros acurrucados a sus pies y una bandeja con leche y pastas en la mesa. Y allí se quedaría dormida, viendo una película en blanco y negro.

Y mi padre, cuando volviera, la despertaría y la llevaría a la cama.

Me puse los auriculares y Lucio Battisti empezó a cantar De nuevo tú. Me los quité.

Odiaba aquella canción.

4

LA última vez que oí De nuevo tú fue en el coche con mi madre. Estábamos atascados en corso Vittorio. Una manifestación había cortado la piazza Venezia y el embotellamiento se había extendido hasta paralizar el tráfico del centro histórico.

Me había pasado la mañana en la galería de arte de mi madre ayudando a colgar los cuadros de un artista francés que inauguraba la semana siguiente. Me gustaban aquellas enormes fotografías de gente comiendo sola en restaurantes llenos.

Las motos pasaban sorteando los coches parados. En los escalones de una iglesia dormía un vagabundo enfundado en un saco de dormir mugriento y con la cabeza envuelta en bolsas de basura. Parecía una momia egipcia.

—¡Uf! Pero ¿qué pasa? —Mi madre empezó a dar bocinazos—. Asco de ciudad... ¿No te gustaría vivir en el campo?

—¿Por ejemplo?

—No sé... En Toscana.

—¿Los dos solos?

—Y tu padre vendría los fines de semana.

—¿Y por qué no en Komodo?

—¿En Komodo? ¿Y dónde está eso?

—Es una isla muy lejana.

—¿Y qué íbamos a hacer allí?

—Allí hay dragones. Son como lagartos enormes que pueden comerse una cabra viva o a un hombre con problemas articulares. Y son velocísimos. Podríamos domesticarlos. Y usarlos para defendernos.

—¿Defendernos de quién?

—De todos.

Mi madre sonrió. Subió el volumen de la radio y se puso a cantar con Lucio Battisti:

—«De nuevo tú. No me sorprende, no...»

También yo me puse a cantar, y cuando llegó la estrofa: «Amor mío, ¿has ya comido o no? También yo tengo hambre y no solamente de ti», le cogí la mano en actitud de amante desesperado.

Mi madre se reía sacudiendo la cabeza.

—¡Qué tonto! ¡Qué tonto!

Me di cuenta de que me sentía feliz. El mundo estaba al otro lado de la ventanilla y mi madre y yo estábamos dentro de una burbuja en medio del tráfico. Dejaron de existir la escuela, los deberes, los millones de cosas que debía hacer para ser adulto.

Pero de pronto mi madre bajó la radio.

—Mira aquel vestido en aquel escaparate. ¿Qué te parece?

—Es bonito. Aunque un poco provocativo.

Me miró sorprendida.

—¿Provocativo? ¿Y qué sabes tú de eso?

—Lo oí en una película. Decían que una iba muy provocativa.

—Pero ¿sabes lo que quiere decir?

—Claro —contesté yo—. Que enseña mucho.

—Yo no creo que ese vestido enseñe mucho.

—A lo mejor no.

—¿Me lo pruebo?

—Bueno.

Y como por arte de magia un todoterreno dejó un sitio libre. Mi madre giró bruscamente para aparcar en él.

Un golpe seco contra la carrocería. Mi madre pisó el freno y soltó el embrague. Yo salí despedido hacia delante, aunque el cinturón de seguridad me retuvo. El motor pistoneó y se apagó.

Me volví. Un Smart amarillo casi rozaba la portezuela trasera del BMW.

Se nos había echado encima.

—¡Vaya por Dios! —bufó mi madre, bajando la ventanilla para ver los destrozos.

También yo me asomé. Ni el flanco del BMW ni el morro de bulldog del Smart tenían rasguño alguno. Tras el cristal del pequeño automóvil se veía un ciempiés de peluche blanco y azul en el que ponía: «Lazio».

Me di cuenta entonces de que al Smart le faltaba el espejo izquierdo. En el lugar en el que antes estaba había un agujero del que colgaban unos cables de colores.

—Ahí, mamá.

Se abrió la portezuela y del interior empezó a salir el cuerpo de un hombre que debía de medir un metro noventa de altura y ochenta centímetros de anchura.

Me pregunté cómo podía caber en aquella caja de cerillas. Parecía un cangrejo ermitaño que estuviera sacando la cabeza y las pinzas de la concha. Tenía los ojos pequeños y azules, una dentadura equina, un moreno color cacao y un flequillo negro azabache.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó mi madre, angustiada.

El hombre acabó de apearse y se acuclilló ante el espejo. Lo miraba con una expresión a la vez de congoja y dignidad, como si, en lugar de un trozo de plástico y cristal, yaciera allí destrozado el cuerpo de su madre. Y no lo tocaba, como si fuera un cadáver que debía examinar la policía.

—¿Qué ha pasado? —repitió mi madre, más tranquila, sacando la cabeza por la ventanilla.

—¡¿Qué ha pasado?! ¿Quieres saber lo que ha pasado? —Tenía una voz ronca y profunda, como si hablara por un tubo de plástico—. ¡Pues baja y ven a verlo!

—Espera aquí —me dijo mi madre mirándome a la cara. Se desabrochó el cinturón y bajó del coche. Por el cristal vi que la lluvia manchaba su traje color albaricoque.

Algunos transeúntes con paraguas se detuvieron a mirar. Los automóviles procuraban sortear el obstáculo como hormigas una piña, dando bocinazos. Treinta metros más allá empezó a pitar un autobús.

Yo, desde el coche, veía que la gente miraba a mi madre. Empecé a sudar y a sentir que me ahogaba.

—Sería mejor que nos apartáramos —sugirió mi madre al otro—. Por el tráfico...

Pero el otro no oía, seguía mirando su espejo como si pudiera devolverlo a su sitio con la fuerza de la mente.

Mi madre se le acercó y con cierto sentimiento de culpa y fingido pesar le preguntó:

—Pero ¿qué ha pasado?

La lluvia, mezclada con la gomina, hacía brillar los mechones de pelo del hombre, y que se le viera una calva incipiente justo en la coronilla.

Como no le contestaba, mi madre añadió más bajo;

—¿Es grave?

Por fin el hombre se volvió y sólo entonces cayó en la cuenta de que el culpable de aquella atrocidad estaba allí, a su lado. Miró de hito en hito a mi madre, echó un vistazo a nuestro coche y esbozó una sonrisilla.

La misma sonrisilla páfida que ponían Varaldi y Ricciardelli cuando me observaban sentados en sus motos. La sonrisilla del depredador que ha localizado a la presa.

Tenía que avisarla.

El del Lacio tomo el espejo como si fuera un petirrojo con el ala rota.

—Puede que para ti no sea grave. Para mí lo es. Lo traigo del chapista. ¿Sabes lo que cuesta este espejo?

Mi madre negó con la cabeza.

—¿Mucho?

Yo me mesaba los cabellos. Con aquél no debía bromear. Debía pedirle perdón, darle el dinero e irse.

—La cuarta parte del sueldo de un camarero. Aunque ¿tú qué sabes?... Tú estos problemas no los tienes.

Yo tenía que reponerme, salir del coche, cogerla de la mano y llevármela, pero me estaba desmayando.

Mi madre movía la cabeza, desconcertada:

—Oiga, que nos ha dado usted... La culpa es suya.

Vi que el del Lacio se tambaleaba levemente, cerrando y abriendo los ojos como si tratara de encajar el golpe. Las narices le vibraban como a los perros que husmean una trufa.

—¿La culpa es mía? ¿Mía? ¿Que yo te he dado? —Se puso en pie, abrió los brazos y gruñó —: ¿Qué coño estás diciendo, zorra?

Había llamado zorra a mi madre.

Quise desabrocharme el cinturón pero las manos me hormigueaban como si se me hubieran dormido.

Mi madre se esforzaba por parecer segura. Se había apeado del coche enseguida, bajo la lluvia, amable, dispuesta a asumir la responsabilidad si la tenía, no había hecho nada malo, y un tío al que no había visto en su vida la llamaba zorra.

«Zorra. Zorra. Zorra.» Me lo repetí tres veces, saboreando el doloroso desdén de la palabra. Ni amabilidad, ni cortesía, ni respeto, nada.

Tenía que matarlo.

Pero ¿dónde estaba la rabia? ¿El fluido rojo que me invadía cuando me fastidiaban? ¿La furia que me hacía estallar sin pensármelo? Era una pila descargada. Muerto de miedo, no acertaba ni a desabrochar el cinturón.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? —dijo mi madre, y como si la hubieran alcanzado en el corazón, se llevó una mano al pecho y empezó a tambalearse.

—¿Amor? ¿Guapa? —Por la ventanilla del Smart asomaba la cara redonda de una muchacha con el pelo rizado, gafas verdes y labios pintados de lila. No la había visto—. Maja, ¿sabes lo que eres? Pues una idiota en BMW. Nos has dado tú. Nosotros hemos visto el sitio antes.

A todo esto el del Lacio señalaba a mi madre con la mano abierta.

—¿Sólo porque eres un coño seco forrado de pasta crees que puedes hacer lo que te da la gana? ¿Que el mundo es tuyo?

La del pelo rizado empezó a dar palmadas.

—Eso, Teodoro, cántale las cuarenta a esa zorra.

Yo tenía que reaccionar, pero sólo pensaba en que el tipo se llamaba Teodoro y yo no conocía a nadie que se llamara Teodoro.

Respiraba hondo para desechar aquella idea estúpida. Las orejas y el cuello me ardían y la cabeza me daba vueltas.

A lo mejor Teo, el viejo cocker de la del primero, se llamaba en realidad Teodoro.

Tenía que irme enseguida, yo no tenía la culpa de aquello, ya le había dicho que el vestido era muy provocativo, si me hubiera hecho caso...

Me desabroché el cinturón pero no lograba moverme.

Estaba sentado sobre un gigante de piedra que me tenía cogido y no me soltaba.

Miré a la acera esperando que alguien nos ayudara. Los transeúntes eran una serie de bultos borrosos.

El del Lacio cogió a mi madre de la muñeca y la zarandeó.

—Ven, guapa, ven a ver lo que has hecho.

Mi madre perdió el equilibrio y cayó.

La voz aguda de la mujer:

—¡Teo! ¡Teo! Déjala, que es tarde. Si a esa burguesa de mierda le da igual.

Mi madre yacía sobre los adoquines con una carrera en la media. Adoquines cubiertos de toda clase de porquería. En Roma no limpian las calles. La mierda infecta de las palomas. Yacía junto a la rueda del coche, a los pies del otro.

Ahora le escupe, pensé.

Pero el hombre se limitó a decir:

—Y da gracias a Dios de que eres una mujer, que si no...

¿Qué le habría hecho si no fuera una mujer?

Mi madre cerró los ojos. Yo sentí que el gigante me ceñía entre sus brazos de piedra hasta cortarme la respiración, y que de un brinco hacía saltar el techo del coche y ambos salíamos volando, volando sobre la gente, sobre el del Lacio, sobre mi madre, que seguía tirada en el suelo, sobre los coches, sobre los tejados llenos de cuervos, sobre las torres de las iglesias.

Y me desmayé.

A las nueve se filtraban por los cristales sucios haces dorados de sol. Quizá era por el calor de las tuberías de la calefacción, pero en aquel lugar costaba mantenerse despierto.

Bostecé y en camiseta y calzoncillos fui al baño a lavarme los dientes.

Los sobacos tenían un pase. La idea de lavarme con agua fría me hacía poca gracia, aparte de que podía oler mal tranquilamente, ¿quién iba a notarlo? Me rocié con autobronceador y me preparé un bocadillo de Nutella.

Decidí que dedicaría unas horas a explorar el sótano. Todo aquello pertenecía a la antigua propietaria de mi piso, la condesa Nunziante, que murió sin parientes. Mi padre compró la casa con todos los muebles y objetos, que arrumbó allí.

En los cajones de una vieja cómoda color oscuro encontré ropa de colores, cuadernos llenos de cuentas, revistas de pasatiempos resueltos, cajas llenas de chinchetas, de sujetapapeles, de plumas estilográficas, de piedras transparentes, de paquetes de tabaco Muratti, de frasquitos de perfume vacíos, de pintalabios resecos. Había también mazos de postales. Cannes, Viareggio, Ischia, Madrid. Cubiertos de plata renegridos. Lentes. Encontré una peluca rubia. Me la puse y me puse también una bata de seda naranja, y empecé a pasearme por el sótano como si fuera el salón de un castillo.

—Buenas noches, duque, soy la condesa Nunziante. Ah, es usted, condesa Sinibaldi. Sí, esta fiesta es un poco aburrida y aún no he visto al marqués Cercopiteco. ¿Se habrá caído a la fosa de los cocodrilos?

Bajo unos muebles apilados había un arcón pintado con flores rojas y verdes que parecía un ataúd.

—Aquí yace el pobre Goffredo. Se comió un filete a la milanesa envenenado.

El móvil empezó a sonar.

—¡Oh, no! —dije resoplando—. ¡Qué agobio! Mamá, por favor, déjame en paz...

Procuré no hacer caso pero era imposible. Acabé encaramándome a la ventana. En la pantalla del móvil se veía un número que no conocía. ¿Quién sería? Aparte de mi madre, Nihal, la abuela y a veces mi padre, a mi no me llamaba nadie. Me quedé mirando el móvil, indeciso. Al final no resistí la curiosidad y contesté.

—¿Sí?

—Hola, Lorenzo. Soy Olivia.

Tardé unos momentos en reconocer a aquella Olivia... Olivia, mi hermanastra.

—Ah... Hola...

—¿Qué tal?

—Bien, gracias... ¿Y tú?

—Bien. Perdona si te molesto. Me ha dado tu número la tía Roberta. Esto... quería preguntarte una cosa... ¿Sabes si tus padres están en casa?

¡Una trampa!

Debía estar atento. A lo mejor mi madre había sospechado algo y utilizaba a Olivia para averiguar dónde me hallaba realmente. Aunque, que yo supiera, Olivia y mi madre no se hablaban.

—No lo sé... Estoy de vacaciones.

—Ah... —La voz sonaba decepcionada—. Bueno, estarás divirtiéndote.

—Sí.

—Dime una cosa, Lorenzo... ¿A esta hora suelen tus padres estar en casa?

¡Qué pregunta!

—A esta hora mi padre está en el trabajo. Y mi madre a veces va al gimnasio o a la galería.

Depende.

Silencio.

—Ya veo. Y si no están ellos, ¿hay alguien? —Nihal.

—¿Quién es Nihal?

—El criado.

—Ah. Bien. Y... ¿me haces un favor?

—Dime.

—No le digas a nadie que te he llamado.

—Vale.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Gracias. Diviértete esquiando. ¿Hay nieve?

—Bastante.

—Bueno, pues adiós. Y por favor, chito.

—Sí... Adiós.

Colgué y me quité la peluca preguntándome qué querría aquélla. ¿Y por qué quería saber si estaban mis padres? ¿Por qué no los llamaba? Me encogí de hombros. No era asunto mío. El caso es que si era una trampa, yo no había caído.

La única vez que vi a mi hermanastra Olivia fue en la Pascua de 1998.

Yo tenía doce años y ella veintiuno. Las veces anteriores no cuentan. Habíamos pasado un par de veranos juntos en la villa de mi abuela Laura en Capri, pero yo era muy pequeño y no me acordaba.

Olivia era hija de mi padre y de una subnormal de Como que odiaba a mi madre. Una dentista con la que mi padre se casó antes de que yo naciera. Por entonces él vivía en Milán con la dentista y tuvo a Olivia. Luego se divorció y se casó con mi madre.

Mi padre no hablaba mucho de su hija. De vez en cuando iba a verla y siempre volvía de mal humor. Por lo que yo sabía, Olivia era una loca. Decía que se dedicaba a la fotografía pero era una viva la Virgen. La suspendieron en el instituto y se escapó de casa un par de veces, y luego se enrolló en París con Faustini, el asesor de mi padre.

De todo esto me enteré poco a poco, porque delante de mí mis padres nunca hablaban de Olivia. Pero a veces, en el coche, se olvidaban de mí y algo se les escapaba.

Dos días antes de Pascua fuimos a ver a mi tío, que vivía en Campagnano. En el viaje mi padre le dijo a mi madre que había invitado a Olivia a comer porque quería convencerla de que fuera a Sicilia, donde había curas que la encerrarían en un lindo lugar lleno de árboles frutales, huertos y cosas que hacer.

Me esperaba que Olivia fuera fea y tuviera una cara antipática como las hermanastras de Cenicienta, pero era guapísima, una de esas chicas que, nada más mirarlas, hacen se nos encienda el rostro y todo el mundo sabe que nos gustan y si nos hablan no sabemos qué hacer con las manos, ni siquiera cómo sentarnos. Tenía una mata de pelo rizado y rubio que le caía por la espalda, los ojos grises, y estaba salpicada de pecas, como yo. Era alta y tenía un par de tetas grandes y anchas. Podía ser la reina de un reino medieval.

En la cena apenas habló. Luego, ella y mi padre se encerraron en el despacho. Se fue sin despedirse de nadie.

Estuve un rato pensando en aquella extraña llamada, hasta que me dije que debía resolver un problema mucho más grave. Mi problema. Con una tarjeta telefónica podía enviarle un mensaje a mi madre haciéndome pasar por la madre de Alessia. Pero no serviría. Mi madre quería hablar con ella.

Dije con voz de falsete:

—Hola, señora. Soy... la madre de Alessia... Quería decirle que su hijo está muy bien y se divierte mucho. Adiós.

Terrible. Me habría reconocido al instante.

Cogí el móvil y escribí:

Mamá, estamos en un refugio de alta montaña.

No hay cobertura. Te llamo mañana. Te quiero.

Y así gané un día.

Apagué el teléfono, borré a mi madre de mi cabeza, me eché en la cama, me puse los auriculares y empecé a jugar a Soul Reaver. Me topé con un jefe tan difícil de vencer que de la rabia apagué la playstation y me preparé un bocadillo de champiñones en aceite con mayonesa.

¡Qué bien se estaba allí! Si me trajeran comida y agua, me pasaba el resto de mi vida. Pensé que si me encerraban en una celda de aislamiento, estaría en la gloria.

La mosca, por fin, había encontrado el refugio donde ser ella misma y casi que se echaba una siesta.

Abrí los ojos de pronto.

Alguien estaba hurgando en la cerradura de la puerta.

Ni se me había ocurrido pensar que alguien pudiera bajar al sótano.

Miraba fijamente la puerta sin poder moverme, como si estuviera pegado a la cama. La tráquea se me había taponado y me costaba respirar.

Con un impulso repentino, como si me hubiera desprendido de una telaraña, salté de la cama y me golpeé la rodilla con la esquina de la mesita. Reprimiendo un grito de dolor, cojeando penosamente, me metí entre el armario y la pared, y desde allí, arañándome las piernas, me deslicé al suelo debajo de una mesa, donde había unas alfombras enrolladas. Me tendí sobre ellas sintiendo cómo me latían los tímpanos.

Por suerte el de fuera no conseguía abrir. Aquella cerradura era vieja y si se introducía la llave hasta el fondo no abría.

Pero la puerta se abrió.

Yo mordía la alfombra apestosa.

Desde allí abajo no veía más que un poco de suelo. Oí unos pasos y vi aparecer unos vaqueros y unas botas camperas negras.

Aquellas botas no eran de Nihal. Mi padre calzaba Church y en verano mocasines. Mi madre tenía un montón, pero no tan feas. Y el Cercopiteco no gastaba más que viejas zapatillas de deporte. ¿Quién podía ser?

Quienquiera que fuese, vería que en el sótano vivía alguien. Todo estaba allí. La cama, la comida, a televisión encendida.

Entretanto el de las botas se paseaba por la estancia como si buscara algo. Se acercó a mi cama y se detuvo.

Respiraba por la boca, como si estuviera resfriado. Cogió un bote de la mesa y volvió a dejarlo.

—¿Hay alguien? —Una voz de mujer.

Trituré la alfombra con los dientes. Si no me descubre, me dije, iré a ver a ese cabeza hueca de mi primo Vittorio todos los días. Juro por Dios que me hago su mejor amigo.

—¿Quién hay?

Cerré los ojos y me tapé los oídos, pero seguí oyendo que caminaba, revolvió, buscaba.

—Sal de ahí. Te he visto.

Abrí los ojos. Había un bulto oscuro sentado en la cama.

—Muévete.

No, de allí no me movía ni muerto.

—¿Estás sordo? Sal de ahí.

Quizá era mejor saber quién era. Me levanté y como perro pillado con el hocico en la nevera salí de detrás del armario.

Sentada en la cama estaba Olivia.

Había adelgazado mucho y se le marcaban los pómulos cuadrados. Tenía cara de cansada y llevaba el pelo rubio muy corto. Además de los vaqueros, vestía una camiseta descolorida con el dibujo de Camel y un chaquetón marinero azul oscuro.

No estaba tan guapa como dos años antes.

Se quedó mirándome estupefacta:

—¿Qué haces aquí?

Si había algo que odiaba era que me vieran en calzoncillos, sobre todo las mujeres. Todo cohibido, cogí los pantalones del suelo y me los puse.

—¿Por qué te has escondido aquí?

No sabía qué decir. Estaba tan confundido que sólo acertaba a encogerme de hombros.

Mi hermanastra se levantó y miró a un lado y otro.

—Da igual, no me interesa. Estoy buscando una caja que le di a mi... a nuestro padre. El criado me ha dicho que debería estar aquí. El no podía bajar porque tenía que planchar. ¡Será payaso!

Efectivamente, Nihal era un poco raro con las personas a las que no conocía bien. Tenía ese defecto, que miraba a todo el mundo por encima del hombro.

—Es una caja grande en la que pone Olivia. Ayúdame a encontrarla.

Me puse a buscarla con mucho empeño, contento de que a mi hermanastra le importase poco saber por qué estaba yo allí.

Pero aquella caja no aparecía. Mejor dicho, cajas había muchas, pero ninguna en la que pusiera Olivia.

Mi hermanastra sacudía la cabeza.

—¿Ves lo que le importan a tu padre mis cosas?

—También es tu padre —dije yo en voz baja.

—Tienes ra... —Olivia apretó el puño en señal de victoria. Bajo una consola, justo detrás de la puerta del sótano, había una caja envuelta en celofán y en la que decía CAJA DE OLIVIA FRÁGIL.

—Mírala. Ya ves dónde la han puesto. Ayúdame, que pesa.

La arrastramos al centro del cuarto.

6

OLIVIA se sentó con las piernas cruzadas, quitó el celofán y empezó a sacar libros, cedés, ropa, cosméticos, y a dejarlo todo en el suelo.

—¡Aquí está!

Era un libro blanco con la tapa gastada. Trilogía de la ciudad de K.

Empezó a repasarlo buscando algo y hablando para sí.

—¡Joder, estaba aquí! ¿Será posible? Seguro que lo encontró el cerdo de Antonio.

Se levantó de un salto. Los ojos empezaron a brillarle. Se puso en jarras, miró al techo y hecha una furia empezó a darle patadas a la caja.

—¡Mierda! ¡Mierda! Te odio. También éste tenías que cogerlo. ¿Y ahora qué hago?

Yo la miraba asustado, pero no pude evitar preguntarle:

—¿Qué había?

Se sentó en el suelo y se llevó la mano a la cara.

Pensé que iba a llorar.

Me miró:

—¿Tienes dinero?

—¿Qué?

—Dinero. Necesito dinero.

—No. Lo siento. —En realidad sí tenía, mi padre me había dado para el viaje pero quería ahorrarlo para comprarme un equipo de música.

—Dime la verdad.

Sacudí la cabeza y abrí los brazos.

—Lo juro. No tengo.

Ella me miró como para averiguar si mentía.

—Hazme un favor. Vuelve a meterlo todo y cierra la caja. —Abrió la puerta—. Adiós.

—Una cosa —dije.

Ella se detuvo.

—¿Qué?

—Por favor, no le digas a nadie que estoy aquí. Ni a Nihal. Si se lo dices estoy acabado.

Olivia me miró sin verme, estaba pensando en otra cosa, algo que le preocupaba. Al poco parpadeó como si despertara.

—Vale. No digo nada.

—Gracias.

—Sea lo que sea, tienes la cara naranja. Te has pasado con el autobronceador.

Y cerró la puerta.

La operación búnker hacía aguas por todas partes. Mi madre quería hablar con la madre de Alessia. Olivia me había descubierto. Y ahora tenía la cara fosforito.

Una y otra vez me miraba en el espejo y leía las instrucciones del autobronceador. No decía cuanto tiempo tardaba en irse.

Encontré una vieja botella de Vim, me unté la cara y me tumbé en la cama.

Lo único que sabía con seguridad era que mi hermanastra no diría nada. No parecía una

chivata.

A los diez minutos me lavé la cara pero seguía igual de naranja.

Empecé a rebuscar en la caja de mi hermanastra. Lo habían metido todo a la buena de Dios. Había sobre todo ropa y zapatos. Un viejo ordenador portátil. Una cámara fotográfica sin objetivo. Un Buda de una madera que olía fatal. Folios escritos con una letra redonda y grande. La mayoría eran listas de cosas que hacer. Los invitados a una fiesta y listas de la compra. En una carpeta azul encontré fotografías de Olivia cuando aún estaba guapa. En una se la veía tendida en un sofá de terciopelo rojo y vestida sólo con una camisa de hombre que dejaba a la vista un poco de teta. En otra se la veía sentada en una silla poniéndose las medias y con un cigarrillo en la boca. La que más me gustaba era una en la que se la veía de espaldas, con la cara vuelta al objetivo. Con la mano se sostenía una teta. Y tenía unas piernas larguísimas.

No debía ni pensarlo. Olivia era mi hermana al cincuenta por ciento.

Habla una foto más pequeña, en blanco y negro. Mi padre, con el pelo largo, vaqueros y una chaqueta de piel, estaba sentado en el amarradero de un muelle con una niña en las rodillas, seguramente Olivia, que comía un helado.

Me eché a reír. No me imaginaba que de joven mi padre se vistiera de aquel modo horrible. Yo siempre lo había visto con el pelo entrecano y corto y traje gris, corbata y zapatos con agujeros. Pero en aquella foto, con aquellos pelos de tenista antiguo, parecía feliz.

Había también una carta de Olivia a mi padre.

Querido papá:

Te escribo para darte las gracias por el dinero. Cada vez que me sacas de un apuro tirando de tu cartera me preguntas: y si en el mundo no existiera el dinero, ¿cómo podría ayudarme mi padre? Y luego me pregunto si lo haces porque te sientes culpable o porque me quieres. ¿Y sabes qué? Que no quiero saberlo. He tenido la suerte de tener un padre como tú, que me deja vivir mi vida y cuando me equivoco, que es casi siempre, me ayuda. Pero se acabó, no quiero que vuelvas a ayudarme.

Yo nunca te he gustado, no te caigo bien, cuando estás conmigo siempre estás serio. Quizá es porque soy la prueba viviente de una historia equivocada y cuando piensas en mí te acuerdas de la tontería que hiciste casándote con mi madre. Pero yo no tengo la culpa de eso. De eso estoy segura. De lo demás no. A lo mejor si te hubiera buscado más, si hubiese intentado romper el muro que nos separaba, todo habría sido distinto.

He pensado que si escribiera un libro contando mi vida, el capítulo sobre ti lo titularía «Diario de un odio». Pero debo aprender a no odiarte. Debo aprender a no odiarte cuando me llega tu dinero y cuando me llamas para preguntarme cómo me va. Te he odiado demasiado, sin descanso. Estoy cansada de hacerlo.

Así que te doy las gracias de nuevo pero de ahora en adelante, cuando te asalte el instinto de ayudarme, reprímelo. Tú eres el maestro de la represión y del silencio.

Tu hija,

Olivia

La releí al menos tres veces. No creía que Olivia odiase tanto a mi padre. Sabía que no se llevaban bien, pero no dejaba de ser su padre. ¡Y qué diablos! Es verdad que quien no conocía a mi padre podía tomarlo por antipático, por una de esas personas serias que parecen que han de sostener el mundo solos. Pero si lo pillabas en verano en la playa o esquiando, era muy amable y

simpático. Además, era Olivia quien no quería verlo, quien siempre estaba agresiva y se había aliado con la dentista en su contra. Mi padre hacía lo que podía para reconciliarse.

—Diario de un odio... Un poco exagerado. Además, ¿para qué quieres todo ese dinero? — dije. Había hecho bien en no dárselo. No se lo merecía. Y para colmo se fotografiaba desnuda.

Volví a meterlo todo en la caja y la dejé donde estaba.

Serían las tres de la madrugada cuando, jugando a Soul Reaver en la oscuridad con los auriculares puestos, me pareció oír ruido en el sótano. Me quité los auriculares y volví lentamente la cara.

Estaban llamando a la ventana.

Di un salto hacia atrás y un escalofrío me recorrió a espalda como si tuviera pelos en el lomo y alguien me los acariciara. Reprimí un grito.

¿Quién podía ser?

Fuera quien fuera, no dejaba de llamar.

En los cristales se reflejaba el resplandor azulado de la pantalla del televisor y me reflejaba yo, de pie, aterrorizado.

Quise tragar saliva y no pude. El miedo me aturdió. Empecé a inspirar y espirar. Tenía que mantener la calma. No había peligro. La ventana tenía barrotes y nadie podía pasar a menos que tuviera el cuerpo blando como un pulpo.

Encendí la linterna y enfoqué la ventana.

Al otro lado del cristal estaba Olivia haciéndome señas de que abriera.

—¡Jo! —resoplé. Fui a la ventana y la abrí. Entró el aire helado—. ¿Y ahora qué quieres?

Tenía los ojos rojos y parecía muy cansada. —¡Hostia! Llevo media hora llamando.

—Tenía puestos los auriculares. ¿Qué pasa? —Necesito hospitalidad, hermanito.

Hice como que no entendía.

—¿Cómo hospitalidad?

—Como que no tengo donde pasar la noche.

—¿Y quieres pasarla aquí?

—Eso mismo.

Dije que no con la cabeza.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Porque no. Este es mi sótano. Aquí estoy yo. Está pensado para una persona sola.

Se quedo mirándome en silencio, como si creyera que bromeaba.

Tuve que añadir:

—Perdona, pero así es. No puedo...

Movió la cabeza, incrédula.

—Hace un frío horroroso. Habrá por lo menos cinco grados bajo cero. No sé adónde coño ir. Te pido un favor.

—Lo siento.

—¿Sabes? Eres hijo de tu padre.

—De nuestro padre —corregí.

Saco un paquete de Marlboro y se encendió un cigarrillo.

—¿Me explicas por qué no puedo pasar la noche aquí? ¿Qué problema hay?

¿Qué podía decirle? Me estaba entrando la rabia. Notaba que me oprimía el diafragma.

—Me lo trastornas todo. No hay sitio. Es peligroso. Yo estoy aquí de incógnito. No puedo abrirte. Vete a otro sitio. Mejor, tengo una idea, llama a casa. Puedes dormir en el cuarto de

invitados. Estarás estupendamente...

—Antes de dormir en casa de esos cretinos me voy a un banco de Villa Borghese.

¿Cómo se atrevía? ¿Qué había hecho mi padre para merecer a una hija como aquella? Di una patada a la pared.

—Por favor... Te lo ruego... Aquí tengo todo en orden, todo bien organizado, todo perfecto, y ahora llegas tú y me lo desmontas todo...

Me di cuenta de que estaba sollozando, y yo odiaba sollozar.

—Pues... ¿Cómo te llamas? Lorenzo. Lorenzo, escúchame bien. Yo he sido legal. Esta mañana me pediste que no dijera nada y no he dicho nada. No te he preguntado nada. No quiero saber nada. Es asunto tuyo. Estoy pidiéndote un favor. Si sales un momento y me abres el portal yo entro. No nos verá nadie.

—No. He jurado que de aquí no salgo.

Se quedó mirándome.

—¿A quién se lo has jurado?

—A mí mismo.

Dio una calada al cigarrillo.

—Pues, entonces, ¿sabes qué? Que ahora mismo llamo al interfono y les digo que estás en el sótano. ¿Qué te parece?

—No puedes hacer eso...

Ella puso una sonrisa torva.

—¿Que no? Tú no me conoces...

Se fue al medio del jardín y en voz bastante alta dijo:

—¡Atención, atención! En el sótano se esconde un crío. Se llama Lorenzo Cuni y ha hecho creer que estaba de vacaciones esquiendo... Vecinos...

Me abalancé hacia los barrotes e imploré:

—¡Cállate! ¡Cállate, por favor!

Ella me miró riéndose.

—Pues abre o despierto a todo el edificio.

¿Cómo podía ser tan mala? Me tenía pillado.

—Vale. Pero mañana por la mañana te vas. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Te abro. Voy al portal.

Salí tan deprisa que no me di cuenta de que iba descalzo hasta que me encontré en el pasillo. Tenía que darme prisa. Por suerte era tarde. Mis padres trasnochaban a menudo, pero no hasta las tres.

«Imagínate que mientras abres el portal llegan tus padres. ¡Qué gracia!», me dije subiendo las escaleras de dos en dos. Pasé por delante de la portería. De noche no había que preocuparse por el Cercopiteco. Su sueño era más bien una especie de letargo, me explicó él un día, y la culpa era de los gitanos, que le desbarataron el ritmo de sueño y vigilia. Unos tres años antes, una noche le entraron en casa y le rociaron la cara con un espray anestésico. Con todas aquellas casas llenas de dinero, cuadros y joyas, aquellos subnormales habían ido a robarle al Cercopiteco. Se le llevaron unas gafas y una radio. Resumiendo, que aquel pobre estuvo durmiendo tres días seguidos. Ni aun en urgencias pudieron despertarlo. Desde entonces, me contó, estaba siempre cansado y cuando se dormía tenía el sueño tan profundo que «si viene un terremoto es el fin. ¿Qué leches me echarían aquellos sinvergüenzas?».

Crucé el vestíbulo. El mármol frío bajo los pies.

Abrí el portal y allí estaba ella, esperándome.

—Gracias, hermanito —dijo.

Olivia se sentó en el sofá. Se quitó las botas, cruzó las piernas y se encendió otro cigarrillo.

—No está mal el sitio. Muy cómodo.

—Gracias —se me ocurrió responder, como si fuera mi casa.

—¿Tienes algo de beber?

—Zumos, Coca-Cola... caliente y agua.

—¿No tienes cerveza?

—No.

—Pues un poco de zumo —ordenó, como si estuviera en el bar.

Le llevé la botella. Ella dio un gran trago y se limpió la boca con la manga del jersey.

—Este es el primer momento tranquilo del día. —Se frotó los ojos y expulsó una bocanada de humo—. Necesito descansar.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y se quedó mirando fijamente el techo oscuro.

Yo la observaba en silencio sin saber qué decir.

Quizá no tenía ganas de hablar o no me consideraba persona con la que conversar. Mejor.

Me tumbé y empecé a leer pero no me concentraba. La miraba desde detrás del libro. Tenía el cigarrillo en la boca y los ojos cerrados. La ceniza era cada vez más larga pero ella no la sacudía. Me preocupaba que le cayera encima y la quemara. A lo mejor estaba durmiendo.

—¿Tienes frío? ¿Quieres una manta? —le pregunté, para ver si estaba despierta.

Tardó bastante en responder. Sin abrir los ojos contestó:

—Sí, gracias.

—Son las de la condesa... Están viejas y huelen un poco mal.

—¿La condesa?

—Sí. La que vivía en mi casa antes de nosotros. Mi padre compró el piso pero no la echó. Esperó a que muriese. Para ayudarla. Todo esto es de la condesa Nunziante.

—Ah. Compró en nuda propiedad.

—¿Nuda propiedad?

—¿No sabes lo que es?

—No.

—Es cuando uno que no tiene parientes o no tiene un duro vende la casa por poco pero con el derecho de vivir en ella hasta que muera... No es fácil de explicar. —Rió para sí—. Espera, que te lo explico bien... —Hablaban despacio, como si le faltasen las palabras—. Imagina que eres viejo y no tienes a nadie, y te dan cuatro perras de pensión... ¿Qué haces? Pues vendes la casa contigo dentro, y hasta que no mueres no pasa la casa y todo lo que tiene al que la ha comprado... ¿Lo entiendes?

—Sí. —No había entendido nada—. Pero ¿para cuánto tiempo?

—Depende de cuándo te mueras. Lo mismo es un día que diez años. Dicen que quien vende en nuda propiedad no muere nunca. Uno se está muriendo, vende en nuda propiedad y dura otros veinte años.

—¿Cómo es eso?

—No lo sé... Pero creo que cuando la gente espera que uno se muera...

—Entonces si compras la casa esperarás a que el viejo muera pronto. Feo.

—Tú lo has dicho. Pues papá... compró... vuestra casa cuando la... —Se interrumpió. Esperé a que terminara pero observé que había dejado caer los brazos como si le hubieran disparado en el pecho. El cigarrillo se le había apagado en los labios y la ceniza le había caído en el cuello.

Me le acerqué despacio. Escuché si respiraba. Respiraba.

Le quité la colilla, cogí una manta y la tapé.

Cuando me desperté el sol estaba en medio de un cielo azul y sin nubes. La palmera se agitaba azotada por el viento. En Cortina era un día perfecto para esquiar.

Olivia dormía acurrucada en el sofá con la cara hundida en un cojín mugriento. Debía de estar cansada de verdad.

«Dejemos que duerma otro poco», me dije, y me acordé de que tenía el móvil apagado. No bien lo encendí me llegaron tres mensajes. Dos de mi madre. Estaba preocupada y quería que la llamase en cuanto tuviera cobertura. El otro de mi padre. Decía que mi madre estaba preocupada y que la llamara en cuanto tuviera cobertura.

Desayuné y me puse a jugar a Soul Reaver.

Olivia despertó una hora después.

Yo seguí jugando pero a ratos la miraba furtivamente. Quería que entendiera que yo era duro, que a mí no me vacilaba.

Parecía que la hubiera masticado y escupido un monstruo al que le hubiese sabido amarga. Tardó media hora en incorporarse. El cojín le había dejado marcas en la cara y en la frente. No paraba de frotarse los ojos y de mover la lengua dentro de la boca. Por fin emitió una palabra:

—Agua.

Le llevé una botella. Bebió. Luego empezó a palpase los brazos y las piernas y a hacer muecas de dolor.

—Me duele todo. Es como si tuviera alambres en los músculos.

Levanté las manos.

—Será que tienes gripe. Yo aquí no tengo medicamentos. Tendrías que ir a la farmacia. Cuando pases por la plaza...

—No puedo irme.

—¿Cómo? Me prometiste que esta mañana te ibas. Olivia se pasó la mano por la frente.

—¿Así te han educado? Te han enseñado a ser una mala persona. Aunque no puede ser sólo la educación, debe de haber algo malo y retorcido en ti.

Me quedé callado y cabizbajo, incapaz de replicar. ¿Qué quería aquélla de mí? Si ni siquiera era mi hermana. No la conocía. Yo no molestaba a nadie, ¿por qué me jodía a mí? Había entrado en mi refugio con una falsa promesa y ahora no quería irse.

Se puso en pie trabajosamente, se arrodilló con una mueca de dolor y me miró. Tenía las pupilas tan grandes y negras que el azul del iris casi no se le veía.

—Que sepas que porque te escondas y vayas a lo tuyo no eres una buena persona. Demasiado fácil pensar eso.

Era como si me hubiera leído el pensamiento. —Lo siento... No hay comida para los dos. Es sólo por eso. Y además hay que estar callados. Y luego... No, ni hablar. Yo debo estar solo — balbucí apretando los puños.

Levanto las manos como si se rindiera.

—Vale, me voy. Eres demasiado tonto.

—Pues vale.

—Y además estás mal de la cabeza.

—Lo que tú digas.

—Y hueles mal.

Me olí un sobaco.

—¿Y qué? Aquí estoy solo. Puedo oler todo lo mal que quiera. Además, mira quién habla. Tú

también hueles mal...

En ese momento sonó el teléfono.

Era mi madre.

Esperé a que dejara de sonar sin darme por enterado, pero sonaba y sonaba.

Olivia me miró:

—¿No contestas?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

Seguía sonando. Mi madre debía de estar enfadadísima. Me la imaginaba: en su dormitorio, sentada en la cama, resoplando. De pronto salté por los muebles y alcancé el móvil. Contesté.

—Mamá.

—Lorenzo. ¿Todo bien?

—Sí.

—Te he llamado cien veces.

—¿No recibiste mi mensaje?

—¿Te parece manera de comportarte? Tenías que haberme llamado antes de salir para el refugio.

—Lo sé... Perdona. Es que se nos ocurrió de pronto. Iba a llamarte.

—Estaba preocupada. ¿Cómo estás?

—Bien. Muy bien.

—Tengo que hablar con la madre de Alessia.

—Ahora no puede. Llámame luego.

Guardó silencio un momento y luego estalló:

—Ya está bien, Lorenzo. O me pasas a la madre de Alessia o llamo a los padres de los otros chicos. —Tenía la voz dura y se aguantaba las ganas de gritar—. Se acabó la historia. ¿Qué me ocultas?

Había llegado la hora de la verdad. No podía alargarlo más. Miré a Olivia.

—Ahí está... Espera que la llamo. A ver si puede ponerse.

Dejé el teléfono y bajé. Me senté junto a Olivia y le susurré al oído:

—Por favor, tienes que ayudarme... Te lo ruego. Tienes que hacerte pasar por la madre de Alessia. Mi madre cree que estoy en Cortina esquiando con una que se llama Alessia Roncato, que me ha invitado a pasar la semana blanca. Tienes que hacerte pasar por la madre de Alessia. Dile que estoy bien y que todo va bien. Ah, es importantísimo que le digas que soy muy simpático.

Mi hermanastra esbozó una sonrisilla pérfida.

—Ni hablar.

—Por favor...

—Ni muerta.

La cogí por la muñeca.

—Si se entera de que no he ido se acabó. Me mandan al psicólogo.

Se soltó.

—Que no, te digo. Que no saco de apuros a un tontaina egoísta que me echa de su sótano pulgoso. ¡Maldita! Otra vez me tenía en sus manos.

—Vale. Si hablas con mi madre, puedes quedarte. Cogió las botas.

—¿Y quién quiere quedarse?

—Juro que hago lo que quieras.

—De rodillas. —Y señaló el suelo.

—¿De rodillas?

—De rodillas.

Obedecí.

—Repíte. Juro por mis padres que seré el esclavo de Olivia Cuni...

—Va, que está esperando al teléfono... Por fa... —gimoteé hecho un manojito de nervios.

Ella, en cambio, estaba tranquila.

—Repíte.

Era humillante.

—Juro por mis padres que seré el esclavo de Olivia Cuni...

—El resto de mi vida...

—¿El resto de mi vida?! ¿Estás loca? —Miré hacia arriba y añadí resoplando—: El resto de mi vida.

—Y seré siempre amable y servicial con ella.

—Y seré siempre amable y servicial con ella. Va, por favor...

Se levantó con una mueca de dolor.

—¿Tu madre conoce a esa señora?

—No.

—¿Cómo se llama la hija?

—Alessia. Alessia Roncato.

Caminaba como una vieja artrítica y le costó subir a la ventana. Debía de estar mal de verdad. Pero cuando habló lo hizo con una voz muy animada.

—¡Diga, señora Cuni! Buenos días. ¿Qué tal?

Yo, de puro ansioso, empecé a morderme la mano.

—Claro... Claro... Sí, claro, me lo ha dicho Lorenzo. Perdona que no la llamara yo, quería hacerlo pero hemos estado liadísimos. Ya sabe cómo es la montaña... Y que lo diga... Y que lo diga... Gracias, es un encanto, un chico educadísimo... Claro, tratémos de tú. Por aquí todo bien, sí. ¿La nieve? ¿Si hay nieve? —Me miró sin saber qué contestar.

—Bastante —le soplé en voz baja.

—Bastante —dijo ella tranquila—. Alessia está muy contenta. —Me miró y sacudió la cabeza—. Su hijo, déjeme que le diga, es simpatiquísimo. Nos morimos de risa con él. Da gusto tenerlo aquí. Y es muy generoso.

—Bien, muy bien —dije sin darme cuenta.

—Si quieres te doy mi móvil. Pero ya te llamamos nosotros. Hasta luego... Y tú también, que tengas un buen día. Adiós. Sí, sí... Gracias, gracias.

Y cortó.

Di un brinco con los brazos levantados.

—¡Viva! Lo has hecho muy bien. Igual que la madre de Alessia. ¿Es que la conoces?

—Conozco el tipo —contestó, y entonces se apoyó en la pared con una mano, cerró y abrió los ojos, me miró y se vomitó en las manos.

Siguió vomitando en el baño. O mejor, lo intentaba, pero no lo conseguía. Luego se dejó caer exhausta en el sofá y se quitó los pantalones. Las piernas blancas le temblaban y las agitaba como si quisiera sacudirse el temblor.

—Ya estamos. Ya está aquí... —balbució con los ojos cerrados.

¿Qué clase de enfermedad tenía? ¿Sería contagiosa?

—¿Qué es lo que está aquí?

—Nada... No es nada.

—¿Qué tienes? ¿Se pega tu enfermedad?

—No. Tú no te preocupes, no me hagas caso, tú ve a lo tuyo como si yo no estuviera. ¿De acuerdo?

Tragué saliva.

—De acuerdo.

Tenía malaria. Como Caravaggio.

Me había dicho que fuera a lo mío. Perfecto. No había problema. Yo era un maestro en eso. Me puse a jugar a Soul Reaver. Estaba con el monstruo al que nunca lograba vencer. Pero a ratos no podía evitar espiarla.

No se estaba quieta ni un minuto. Se removía, cambiaba de postura como si yaciera sobre cascotes de botella, se tapaba y se destapaba y se agitaba como si estuvieran torturándola.

Me sacaba de quicio oírle quejarse de aquella manera exagerada. Me parecía que fingía y que todo lo hacía para molestarte.

Subí los auriculares al máximo, me volví hacia la pared y acerqué tanto la cara al libro que torcí los ojos, leí unas líneas y los cerré.

Los abrí dos horas después. Olivia estaba sentada en el borde del sofá, sudando, moviendo nerviosamente las piernas y mirando al suelo. Se había quitado el jersey, llevaba una camiseta de tirantes azul muy holgada y se le veían las tetas colgando. Estaba tan delgada que se le marcaban los huesos, y los pies parecían largos y finos. Cuello largo de galgo, hombros anchos, brazos...

¿Qué le pasaba en los brazos?

En medio se le veían unas manchas cárdenas consteladas de puntitos rojos.

Levantó la cabeza.

—Has dormido, ¿eh?

Que mi padre quisiera mandarla a aquel lugar en Sicilia...

—¿Qué?

El dinero...

—¿Has dormido?

Que mis padres dejaran de hablar de Olivia en cuanto yo aparecía...

—Sí...

Que tuviera una enfermedad que no se contagia...

—Tengo que comer algo...

Era como los de los bancos de Villa Borghese, que piden a los que pasan, que beban cerveza... Yo siempre los evitaba, me daban miedo.

—Me das una galleta... Un poco de pan...

Y ahora tenía allí a una como ellos.

Me levanté, cogí la bolsa del pan de molde y se la llevé.

Conmigo. En mi escondite.

Arrojó el pan al sofá.

—Quiero lavarme... Me doy asco...

—Sólo hay agua fría —respondí, para mi propia sorpresa.

—Da igual. Así me espabilo —dijo para sí, se levantó con esfuerzo y fue al baño.

Esperé a oír correr el agua y me precipité sobre su mochila. Dentro había una billetera raída, una agenda llena de papeles, un móvil y jeringuillas de plástico.

MIRABA el techo tendido en la cama. Reinaba el silencio, pero cuando contenía la respiración podía oír a Olivia en el baño, el rumor de los coches en la calle, el ruido de la escoba del Cercopiteco en el patio, un teléfono que sonaba a lo lejos, el quemador de la caldera, las carcomas. Y percibía los olores de aquellos objetos amontonados, el olor penetrante de la madera de los muebles, el olor acre de las alfombras húmedas.

Se oyó un golpe.

Levanté la cabeza de la almohada.

La puerta del baño estaba entornada.

Me levanté y fui a ver.

Olivia estaba en el suelo, desnuda, blanca, hecha un ovillo entre el váter y el lavabo, tratando de levantarse sin conseguirlo. Las piernas le resbalaban en los ladrillos mojados como las patas de un caballo en una lámina de cristal. En el pubis tenía unos pocos pelos.

Me quedé parado mirándola.

Parecía un zombi. Un zombi al que acabaran de disparar.

Me vio, allí de pie, en la puerta, y rechinó los dientes.

—¡Sal! ¡Fuera de aquí! ¡Cierra esa puta puerta!

Fui por la bata de la condesa Nunziente y se la dejé colgada de la manivela. Cuando salió, envuelta en un albornoz mugriento, la cogió, la miró, se la puso, se tumbó en el sofá y sin decirme nada se volvió de espaldas.

Yo me puse los auriculares. Tenía puesto un cedé de mi padre, una música de piano interminable, tranquila y repetitiva, que hacía que me sintiera distante, como detrás de un cristal, como si estuviera viendo un documental. Ella y yo no estábamos en el mismo cuarto.

Poco a poco mi hermana fue sintiéndose mejor. Temblaba como si tuviera fiebre. Era un muelle contra el que rompían olas de dolor. Tenía los ojos cerrados, pero no dormía. Yo la oía quejarse para sí:

—Mierda. Joder. No lo aguanto... Así no puedo.

La música me seguía retumbando, idéntica, en los oídos, mientras veía a mi hermana levantarse del sofá, volver a sentarse, rascarse las piernas, levantarse, ir, venir, apoyar la cabeza en la puerta del armario, contraída la cara por el dolor, ponerse en jarras, inspirar y espirar.

—Va, Oli, tú puedes... Ánimo... Ánimo, joder...

Al final se acuclilló en un rincón y se llevó las manos a la cara. Y así permaneció largo rato.

Yo di un suspiro de alivio. Parecía que se había dormido en aquella postura incómoda. Pero no: de pronto se levantó y empezó a dar patadas a todo lo que pillaba.

Me quité los auriculares, me levanté y la cogí de la muñeca:

—¡Tienes que estarte callada! ¡O nos oirá todo el mundo! Por favor...

Ella me miró con los ojos inyectados en sangre y una expresión de odio, y se soltó.

—Por favor una leche. ¡Déjame! Ponte tus auriculares de mierda, pobre idiota.

Y le dio un puntapié al perro de cerámica, que cayó y se rompió la cabeza.

Intenté detenerla, rogándole:

—Por favor... Por favor... No hagas eso... Si sigues así estamos perdidos, ¿no lo ves?

—Apártate. Juro por Dios que te mato. —Me empujó contra una lámpara de cristal, que cayó y se hizo añicos.

Me invadió una rabia ciega. Los músculos se me tensaron y grité, como explotando:

—¡No, yo te mato! —Y agachando la cabeza arremetí contra ella—. ¡Tienes que dejarme en paz!, ¿entiendes?

Y le di un violento empujón.

Olivia salió despedida hacia atrás, tropezó y se golpeo el hombro contra el armario. Se quedó paralizada, boquiabierta, sin poder creérselo.

—¿Qué quieres de mí? ¡Vete! —gruñí.

Olivia vino hacia mí y me soltó un bofetón.

—Imbécil... Ni se te ocurra...

Ahora la mato, pensé tocándome la mejilla irritada. Sentí que se me hacía un nudo ardiente en la garganta, contuve las lágrimas, apreté los puños y me abalancé sobre ella.

—¡Vete de aquí, drogada de mierda!

Caímos en el sofá, yo encima, ella debajo. Olivia daba patadas y puñetazos al aire tratando de liberarse, pero yo era más fuerte. La agarré por las muñecas y le grité a diez centímetros de la cara:

—¿Qué cojones quieres de mí? ¡Di!

Ella forcejeó, pero de pronto, como si no le quedasen fuerzas para luchar, se rindió, y yo me desplomé sobre ella.

Me incorporé y me aparté. Estaba temblando, asustado de lo que podía haberle hecho. Podía haber— a matado. Para calmarme la emprendí a patadas con las cajas. Se me clavó un cristal en el talón. Me lo saqué suspirando de dolor.

Olivia, entretanto, sollozaba con la cara contra el respaldo y abrazándose las piernas.

—¡Se acabó! —Corrí cojeando a mi mochila, saqué el dinero de un sobre y le dije—: Toma. Cógelo. Todo para ti. Pero vete.

Y se lo tiré encima.

Olivia se levantó del sofá y empezó a recoger los billetes del suelo.

—¡Qué hijo de puta! Sabía que tenías. —Tomó los pantalones, apretó los billetes y cerró los ojos. Las lágrimas le resbalaban por las comisuras de los párpados. Sacudía los hombros—. No, no puedo... —Soltó el dinero y se llevó la mano a la cara—. He jurado que lo dejaba. Y esta vez... lo dejo..., si no, estoy perdida.

Yo no entendía nada. Las palabras se mezclaban con los sollozos.

—Soy una mierda... Dejé que me... Dejé que me... ¿Cómo pude? —Me miró y me cogió la mano—. Dejé que un asqueroso me follara por una dosis. El muy cerdo me folló en medio de los coches. ¡Qué asco!... Di que doy asco... Dilo, dilo... Por favor... —Se acurrucó en el suelo y empezó a jadear como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

No respira, me dije tapándome los oídos, pero sus jadeos me perforaban los tímpanos.

Tienen que ayudarla. Tienen que venir a ayudarla. Si no, se muere.

—Por favor... Por favor... Ayudadme —rogué a las paredes.

Me quedé mirándola.

Tirada en el suelo entre billetes, sola y desesperada.

Algo cedió dentro de mí. El gigante que me tenía sujeto contra el pecho me había soltado.

—Perdona, no quería hacerte daño. Lo siento... —Tome a mi hermana por los brazos y la levanté del suelo.

Apenas respiraba, como si algo le obturase la garganta. No sabía qué hacer, la sacudía y le

daba golpes en la espalda.

—No te mueras, por favor, no te mueras. Ahora te ayudo yo. Yo te cuido...

Y noté que poco a poco el aire iba entrándole por la boca y bajándole a los pulmones. Primero muy poco, luego más y más, hasta que al final Olivia susurró:

—No me muero. No se me mata tan fácilmente.

La abracé, apoyé la frente en su cuello, la nariz en la clavícula, y rompí a llorar.

No podía parar. El llanto me acometía a rachas, me calmaba un momento y luego estallaba de nuevo, más fuerte.

Olivia temblaba y le castañeteaban los dientes. La envolví en una manta pero ella apenas se dio cuenta. Parecía que dormía, pero no dormía. Apretaba los labios del dolor.

Yo me sentía inútil. No sabía qué hacer.

—¿Te apetece un poco de Coca-Cola? ¿Un bocadillo?

No me contestó.

—¿Quieres que llame a papá? —pregunté al final.

Abrió los ojos y murmuró:

—No. Por favor, no lo llames.

—¿Qué puedo hacer entonces?

—¿De verdad quieres ayudarme?

Dije que sí con la cabeza.

—Pues entonces tienes que conseguirme somníferos. Necesito dormir. Si no, no aguantaré.

—Aquí sólo tengo Aspirina, Tachipirina y Fargan...

—No, no valen.

Me senté en la cama. Me sentía mal, allí sentado como un tonto, mirándola sin saber qué hacer.

Con mi abuela Laura me pasaba lo mismo.

Llevaba dos años con cáncer de estómago y la habían operado no sé cuántas veces. Siempre íbamos a verla a aquella habitación de hospital, con sillones de skai, ejemplares de *Gente* y *L'Espresso* que sólo nosotros leíamos, muebles de fórmica, paredes verdes, un bar con cruasanes secos, enfermeras inquietas con horribles zuecos blancos, una terraza sin plantas y con baldosas asquerosas, y ella allí en aquella cama de metal, atiborrada a fármacos, con la boca sin dentadura abierta, y mis padres la miraban en silencio esforzándose por sonreír y deseando que se muriese cuanto antes.

Yo no entendía por qué teníamos que ir a verla. Mi abuela apenas nos reconocía.

—Le hacemos compañía. A ti también te gustaría —me decía mi madre.

No, no era verdad. Nos violenta que nos vean cuando estamos mal. Y cuando nos morimos, queremos estar solos. No le veía ningún sentido a esas visitas.

Miré a mi hermana. Temblaba de pies a cabeza. Entonces me acordé.

¡Qué idiota! Sabía dónde encontrar medicinas. —Ya sé. Tú quédate aquí, vuelvo ahora mismo.

COGÍ el autobús bajo una lluvia ligera.

Por suerte, cuando salí del edificio, el Cercopiteco dormía la siesta.

Me senté al fondo con la capucha de la sudadera calada hasta la frente. Era un agente secreto en misión especial que debía salvar a mi hermana y nada me detendría.

La última vez que la llevamos al hospital, mi abuela me dijo, antes de salir de casa:

—Cielo, echa en el bolso las medicinas que hay en mi mesita. En la clínica esos malditos médicos no me dan bastantes para no sufrir. Eso sí, que no te vea nadie.

Pude meterlas en el bolso sin que nadie me viera.

Me apeé a unos pasos de Villa Ornella.

Pero cuando llegué al hospital todo el valor se me había ido. Le tenía prometido a mi abuela que iría a verla solo, pero nunca lo hacía. No soportaba la idea de hablar con ella como si estuviéramos en su casa.

Las veces que había ido con mis padres había sido una tortura.

«Venga, Lorenzo, esta vez lo consigues», me dije, e inspeccioné el aparcamiento. Los coches de mis padres no estaban. En dos brincos subí las escaleras de la entrada y crucé corriendo el vestíbulo. La monja del mostrador alzó la cara de la pantalla del ordenador pero apenas llegó a ver un bulto que desaparecía por las escaleras. Volé hasta la cuarta planta. Recorrí el largo pasillo de ladrillos blancos y marrones. Eran 3.225. Los conté el día que operaron a mi abuela. Me quedé en el hospital toda la tarde con mi padre, esperando que la subieran del quirófano.

Pasé por delante del cuarto de las enfermeras. Estaban riendo. Torcí a la derecha, me topé con un muerto viviente que caminaba arrastrando las zapatillas. Llevaba un pijama azul claro con ribetes azul oscuro. Por la V de la chaqueta le asomaban unos rizos blancos. Le cruzaba un pómulo una cicatriz morada que le llegaba hasta el labio. En una camilla había una mujer mirando un cuadro colgado de la pared que representaba un mar tempestuoso. Por una puerta salió una niña a la que atrapó la mano de la madre.

Habitación 103.

Dejé que el corazón se calmase y giré la manivela.

La bolsa de la orina estaba casi llena. La dentadura postiza estaba dentro de un vaso en la mesita.

El gotero pendía de un trípode. Mi abuela Laura dormía en la cama de barrotes. Los labios de la boca abierta le colgaban. Era tan menuda y flaca que pensé que podía cogerla en brazos y llevármela.

Me acerqué y la observé mordiéndome por dentro la mejilla.

¡Qué vieja era! Era un montón de huesos recubiertos de piel rugosa y exfoliada. Tenía una pierna destapada. Era negra y azul y seca como un palo, con el pie retorcido y el dedo gordo doblado hacia dentro como si tuviera un alambre por dentro. Olía a talco y a alcohol. El pelo, que cuando estaba bien llevaba siempre recogido dentro de una redecilla, estaba ahora suelto y caía sobre la almohada largo y blanco como el de las brujas.

Podía estar muerta. La expresión de su cara, sin embargo, no era de paz como la de los muertos, sino de sufrimiento y tensión, como si la traspasara una corriente dolorosa.

Me acerqué al pie de la cama y le tapé la pierna con la sábana. Su bolso de gamuza estaba en el armario. Lo abrí, cogí todos los frasquitos y cajas de medicamentos y me los metí en los bolsillos de la chaqueta. Estaba cerrando la cremallera cuando oí susurrar a mis espaldas:

—Lo... ren... zo... ¿Eres tú?

Me volví bruscamente.

—Sí, abuela. Soy yo.

—Lorenzo, ¿has venido a verme?

Una punzada de dolor le contrajo el rostro. Tenía los ojos semiabiertos. Los globos se veían velados y cubiertos por pliegues rugosos.

—Sí.

—Bien. Siéntate aquí a mi lado...

Me senté en un taburete de metal junto a la cama.

—Abuela, tengo que...

—Dame la mano.

Se la estreché. Estaba caliente.

—¿Qué hora es?

Miré el reloj de la pared.

—Las dos y diez.

—¿De la noche...? —Se movió y me apretó levemente la mano—. ¿O...?

—De la tarde, abuela.

Tenía que irme. Quedarse allí era arriesgado. Si me veían las enfermeras se lo dirían sin duda a mis padres.

Mi abuela guardó silencio. Respiraba por la nariz como si se hubiera quedado dormida. De pronto cambió de postura.

—¿Te duele?

Se tocó el estómago.

—Aquí... No cesa ni un momento. Siento que me veas sufrir. ¡Qué feo es morir así!

Hablaba espaciadamente, como si fuera sacando las palabras de una caja vacía.

—No, no te mueres —murmuré con los ojos clavados en la bolsa de la orina.

Sonrió.

—No, aún no. Este cuerpo no quiere irse. No entiende que es el final.

Quería decirle que tenía que irme, pero no me atrevía. Miré la ropa colgada del galán de noche: la falda azul oscuro, la blusa blanca, el cárdigan rojo oscuro.

No volverá a ponérselos, pensé. Mejor dicho, se los pondrán cuando la metan en el ataúd.

Miré la lámpara de cristal opaco con varilla de latón que colgaba del techo. ¿Por qué era tan fea aquella habitación? Deberíamos morirnos en habitaciones bonitas. Yo moriría en la mía.

—Abuela, tengo que irme... —Quería abrazarla. Quizá era la última vez que podía hacerlo—. ¿Puedo abrazarte? —le pregunté.

Mi abuela abrió los ojos e insinuó un sí.

La abracé con cuidado, hundiendo la cara en la almohada y aspirando el olor penetrante de las medicinas, del jabón de la funda y el olor acre de su piel.

—Tengo que... Tengo que irme a estudiar.

Me incorporé.

Ella me cogió de la muñeca y suspiró.

—Cuéntame algo... Lorenzo. Así no pienso.

—¿Qué quieres que te cuente, abuela?

—No lo sé, lo que sea, algo bonito.
—¿Ahora? —Olivia estaba esperándome.
—Si no puedes, no importa.
—¿Una historia real o inventada?
—Inventada. Llévame a otra parte.

Podía contarle alguna historia, la verdad. Una que me inventé una mañana en la escuela. Aunque mis historias me las guardaba para mí, porque si las contaba perdían su frescura, como flores del campo cortadas, y dejaban de gustarme.

Claro que esta vez era distinto.

Me acomodé en el taburete.

—Pues esta historia... Abuela, ¿recuerdas el robot que tienes en tu casa de Orvieto? ¿Uno amarillo y lila que sirve para limpiar la piscina? Tiene una especie de cerebro electrónico que memoriza el fondo de la piscina para no pasar siempre por los mismos sitios y limpiarla bien. ¿Te acuerdas, abuela?

No sabía si estaba dormida o despierta.

—Esta es la historia de un robot limpiapiscinas. Se llama K19, como los submarinos rusos. Entonces... Un día, en América, se reúnen todos los generales y presidentes de los Estados Unidos para decidir cómo matar a Sadam Husein. Han intentado cargárselo de todas las maneras, pero nada. Vive en una fortaleza en el desierto, tiene misiles tierra-aire que salen disparados en cuanto llegan los cohetes americanos y los hacen explotar en el aire. El presidente americano está desesperado, como no mate enseguida a Sadam lo despiden. Si dentro de diez minutos sus generales no encuentran la manera de acabar con el dictador, los manda a todos a Alaska. En esto se pone en pie un general bajito experto en ordenadores, que nunca habla porque no pinta nada, y dice que tiene una idea. Todos sacuden la cabeza, pero el presidente le dice que hable. El pequeñajo empieza a explicar que Sadam nunca compra nada por miedo a los paquetes bomba. Una vez pidió una piña tropical y dentro había una bomba que mató al cocinero. Por eso todo lo que tiene dentro de la villa se lo construyen en los sótanos. Televisores, vídeos, frigoríficos, ordenadores, todo. Pero hay una cosa que no pueden construirle y tiene que comprar fuera. Los robots limpiapiscinas. La piscina de Sadam es tan grande que su robot se pierde y el viento del desierto no cesa nunca y le llena de arena la piscina. Los mejores, los que pueden limpiar una piscina enorme como la suya, sólo los fabrican en América.

Callé.

—¿Entiendes, abuela?

No contestaba. Empecé a retirar despacio la mano.

—Sigue... —murmuré.

—Cuando Sadam iba a bañarse con sus doce mujeres, siempre encontraba el fondo sucio. Conque al final, arriesgándose, decide pedir por correo a América un robot limpiapiscinas. Hace que lo compre uno de sus hombres, para que nadie sospeche. Sólo que la CIA ha interceptado la llamada. La fábrica tiene que mandar uno la semana siguiente. El general bajito dice que ha tenido una idea genial. Cogera el robot y lo modificara. Le pondrá un ordenador inteligentísimo que acaba de inventar y lo programará para matar a Sadam. Le meterá dentro minimisiles atómicos y pilas que producen dos mil voltios, y hasta podrá lanzar flechas envenenadas. El presidente de los Estados Unidos se pone contentísimo. Es una idea genial. Le dice al pequeñajo que ponga manos a la obra. El general se va a la fábrica de los robots, coge uno y se pasa toda la noche trabajando con él. Le instala el ordenador y lo programa para matar a Sadam y, por si acaso, a todo el que se bañe en la piscina. Cuando termina está muerto de cansancio, pero el robot es perfecto, parece un

robot como los otros. Su nombre en clave es K19. Pero por la mañana llega el que tiene que enviarlo y se equivoca. Cree que es uno de una familia que vive cerca de Los Ángeles que han reparado. Lo empaqueta y lo manda. Cuando llega a su destino, la familia lo coge y lo mete en la piscina. K19 empieza a limpiar el fondo, también sabe hacerlo muy bien. Pero cuando el padre y los hijos van a bañarse, el robot suelta una descarga eléctrica que los deja asados.

—¿Y quiénes eran? ¿Los nietos de los Finotti? —Mi abuela había levantado la cabeza.

—¿Los Finotti?

—Marino Finotti, el ingeniero de Terni... ¿No murieron en la piscina?

—Que no, abuela, que éstos son americanos, ¿qué tiene que ver Terni?

—¿Estás seguro? —Estaba agitándose.

—Sí, abuela, tranquila. —Seguí contando—. Total..., que el robot espera dos días, los cadáveres flotan, pero Sadam no llega, así que, como es inteligente, comprende que lo han metido en una piscina equivocada. Con sus cadenas adherentes sube por las paredes, sale de la piscina y se pone a buscar otra. Aquella zona de América, abuela, está llena de piscinas, en cada casa hay una, hay muchísimas, millones, y él empieza a ir de una a otra, matando a todos los que se bañan, en busca de Sadam. Cuando encuentra otro robot K19 lo desintegra y luego limpia la piscina. Hace una escabechina. Mata a media California. Llega el ejército. Lo atacan todos los soldados, le disparan con láser, pero nada. Al final llaman a los aviones, que empiezan a bombardear California. K19 es alcanzado, se le rompe una cadena y empieza a dar bandazos, pero no se para. Entra en una autopista y se pone a correr seguido por los tanques, que le disparan. K19 está destrozado. El motor hace un ruido extraño y no le quedan armas. Llega al final de la carretera y se encuentra ante la piscina más grande que ha visto en su vida, el agua está sucia y hay olas. El ejército sigue avanzando. K19 mira la piscina, es tan grande que no se ve el fin. El sol está poniéndose y se ven unos flotadores enormes. Nadie le ha explicado que aquello es el mar y que no son flotadores sino barcos. K19 no sabe qué hacer. Se pregunta cómo va a limpiar aquella piscina enorme. Por primera vez tiene miedo. Cuando llega al fondo del muelle, se vuelve: el ejército está allí. Quiere plantar cara, pero luego cambia de idea y se arroja al mar y desaparece.

Tenía la boca seca. Cogí la botella de agua de la mesita y me serví un vaso.

Mi abuela no se movía, se había dormido.

La historia la había aburrido.

Me levanté, pero mi abuela susurró:

—¿Y qué más?

—¿Qué más?

—¿Cómo termina?

Así. A mí me parecía un buen fin.

Además, yo odiaba los finales. En los finales, las cosas, para bien o para mal, siempre tienen que tener un sentido. A mí me gustaba contar combates entre extraterrestres y terrícolas sin una razón, viajes espaciales en busca de nada. Y me gustaban los animales salvajes que vivían sin un porqué, sin saber que iban a morir. Me sacaba de quicio que, cuando veíamos una película, mis padres se pusieran siempre a hablar del final, como si toda la historia consistiese en eso y o demás no contase.

¿Así que era lo mismo en la vida real, sólo el final importaba? ¿No contaba nada la vida de mi abuela y sólo su muerte en aquel horrible hospital era importante?

Sí, quizá a la historia de K19 le faltaba algo, pero la idea del suicidio en el mar me gustaba. Iba a decirle que acababa allí cuando, de pronto, se me ocurrió otro final.

—Así termina. Dos años después están unos estudiosos en una playa de una isla tropical, es

de noche y hay luna llena. Se han escondido detrás de una duna con unos prismáticos y miran la orilla. De repente empiezan a salir del agua tortugas marinas que van a desovar. Las tortugas se arrastran por la arena, hacen un agujero con las patas y depositan los huevos. Y del mar sale también K19. Va cubierto de algas y conchas. Sube lentamente playa arriba, con las cadenas hace un agujero profundo, lo tapa y se vuelve al mar con las tortugas. A la noche siguiente salen de la arena un montón de tortuguillas, y de un agujero salen cantidad de K19 pequeñitos, como tanques de juguete, y se dirigen al mar junto con las tortuguitas. —Respiré—.

Y se acabó. ¿Te ha gustado?

Mi abuela, con los ojos cerrados, dijo que sí con la cabeza. En aquel momento se abrió la puerta del cuarto y entró una enfermera igualita que John Lennon, con una bandeja de medicinas. No esperaba encontrarse a nadie y se quedó desconcertada.

Nos miramos un instante, saludé entre dientes y me fui corriendo.

EL Cercopiteco se paseaba perdido por el patio.

Yo lo observaba desde la acera de enfrente, escondido detrás de un contenedor. De rato en rato daba un escobazo y se quedaba parado, como si le hubieran quitado la corriente.

Tonto de mí, no había cogido el móvil y por tanto no podía engañarlo como la otra vez. Me había quedado mucho tiempo con mi abuela, y aún faltaban dos horas para que cerrase la portería. Y Olivia estaba esperándome.

Al cuarto de hora llegó el señor Caccia, el del cuarto. Luego salió Nihal con los perros y se puso a hablar con el Cercopiteco junto a la fuente. No se tragaban, pero el Cercopiteco tenía un pariente que trabajaba en una agencia de viajes y conseguía billetes de avión a precios especiales para los cingaleses del barrio.

De estar de pie allí escondido empezaban a dolerme las piernas. Me maldecía por no haber cogido el móvil.

Y para colmo llegó también Giovanni, el cartero. Gran amigo de Nihal. Los tres pegaron la hebra y no acababan. Los pobres perros querían ir a mear y los miraban con impaciencia.

Basta, tenía que hacer algo. Si me pillaban, ¡qué se le iba a hacer!

Me alejé de allí, crucé la calle corriendo y llegué al muro que rodeaba mi edificio. Era alto pero había una vieja buganvilla toda retorcida que trepaba hasta arriba.

—Suerte para el Roma, ¡ea!... —oí que decía el Cercopiteco.

—Esta vez está difícil... Totti se ha recuperado. Bueno, adiós... —dijo Giovanni.

¡Dios, salía! Me agarré a la buganvilla y se me clavó una espina en la mano. Me armé de valor, me encaramé a la tapia y de un salto torpe aterricé en el jardín de la señora Barattieri.

Eché a correr hacia el bloque, rogando que nadie me viera, y me pegué a la pared.

La ventana del semisótano del Cercopiteco estaba entornada.

Por lo menos en aquello tenía suerte.

La abrí y agarrándome del marco me descolgué en la oscuridad. Estiré las piernas buscando un apoyo, cuando de pronto sentí que algo me quemaba el pie izquierdo. Conteniendo un grito caí sobre la cocina y de la cocina, de culo, al suelo.

Habla metido el pie en una olla de pasta y lentejas que por suerte estaba apagada y enfriándose.

Frotándome una nalga me puse en pie.

Las lentejas se habían esparcido como si hubiera explotado una bomba.

¿Y ahora? Si no limpiaba todo aquello el Cercopiteco lo vería y pensaría...

Sonreí.

Claro, pensaría que los gitanos habían vuelto a entrarle.

Miré a un lado y otro. Tenía que robarle algo.

Mi mirada recayó en una estatua del Padre Pío que parecía un misil. Estaba cubierta por un polvillo resplandeciente que cambiaba de color según el tiempo.

La cogí, y me disponía a salir cuando di media vuelta y abrí el frigorífico.

Fruta, un cuenco con arroz cocido y un pack de seis cervezas.

Cogí las cervezas. Cuando salí por la garita el Cercopiteco seguía en el patio hablando con

Nihal.

Cojeando y con una zapatilla en la mano, bajé las escaleras del sótano. Giré la llave y abrí la puerta.

—Mira... Traigo cer...

La estatua de Padre Pío se me resbaló y se hizo trizas contra el suelo.

Olivia estaba tendida en mi cama con las piernas abiertas y un brazo sobre la almohada. Por la barbilla le caía un hilo de baba.

Me llevé la mano a la boca.

—Muerta.

Todos los armarios estaban abiertos, los cajones sacados, la ropa tirada por todas partes, las cajas destapadas. En la cama, frascos de medicinas abiertos. Sin dejar de mirar a mi hermana, me arrastré hasta el sofá.

Me palpé las sienes, que latían, los oídos me zumbaban y los ojos me escocían.

Me sentía cansadísimo, en mi vida me había sentido tan cansado, todas y cada una de las fibras de mi cuerpo estaban cansadas y me rogaban reposo, que cerrase los ojos.

Sí, mejor sería dormir un poco, siquiera cinco minutos.

Me quité la otra zapatilla y me tumbé en el sofá. Me quedé allí no sé cuánto tiempo, mirando a mi hermana y bostezando.

Era un bulto oscuro tendido en la cama azul claro. Me imaginaba su sangre quieta en las venas. Sangre roja que se ponía negra, se hacía una costra y luego se deshacía en polvo.

Los dedos de la mano de Olivia se movían espasmódicamente, como los perros cuando sueñan. Procuré aguzar la vista, los ojos me picaban.

Pero me equivocaba, eran sólo imaginaciones mías.

De pronto movió un brazo.

Me levante, me precipité sobre ella y empecé a zarandearla. No recuerdo lo que le decía, sólo recuerdo que la levanté de la cama, la estreché entre mis brazos y pensé que debía sacarla de allí, que era lo bastante fuerte para llevarla en brazos, como un perro herido, por via Aldrovandi, via della Tre Madonne, viale Bruno Buozzi...

Olivia empezó a hablar en voz baja.

—¡Estás viva! ¡Estás viva! —balbucí.

No entendía lo que decía.

Le levanté la cabeza y acerqué el oído.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

Murmuró:

—... somníferos...

—¿Cuántos has tomado?

—Dos pastillas.

—¿Estás bien?

—Sí. —No podía tener la cabeza erguida—. Mucho mejor... La condesa tenía un montón de medicamentos. Muy buenos... Duermo otro poco.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Vale. —Le sonreí—. Duerme. Y sueña con los angelitos.

La tendí en la cama y la tapé con la manta.

MI hermana estuvo dos días durmiendo, y sólo se despertaba para ir a orinar y beber. Yo puse orden en el sótano, maté al monstruo y acabé Soul Reaver. Seguí leyendo *Las noches de Salem*. Leía aquellas historias de metamorfosis vampíricas, de casas embrujadas, de chavales valientes capaces de enfrentarse a vampiros y la mirada se me iba siempre hacia mi hermana, que dormía envuelta en la manta. Sentía que en mi escondite estaba segura, oculta, que nadie podía hacerle daño.

Me llamó mi madre:

—¿Qué tal va todo?

—Muy bien.

—No llamas nunca. Si no te llamo yo... ¿Te diviertes? —Mucho.

—¿Te da pena volverte mañana?

—Sí, un poco...

—¿A qué hora salís?

—Temprano. En cuanto nos despertemos.

—¿Y hoy qué hacéis?

—Esquiar. ¿Sabes a quién he visto en Tofana?

—No.

Miré a mi hermana.

—A Olivia.

Un instante de silencio.

—¿A Olivia? ¿A qué Olivia? ¿A tu hermanastra? —Sí.

—Vaya... Vino hace unos días por unas cosas. Ahora lo entiendo, necesitaría ropa de montaña. ¿Y cómo está?

—Bien.

—¿De veras? No lo diría. Tu padre dice que está pasándolo mal... Pobrecilla, es una chica con muchos problemas, espero que encuentre su camino...

—Pero tú, mamá, ¿la quieres?

—¿Yo?

—Sí.

—Sí, la quiero, pero no es fácil tratar con ella. ¿Y tú? ¿Te portas bien? ¿Eres amable con la madre de Alessia? ¿Ayudas en la casa? ¿Te haces la cama?

—Sí.

—La madre de Alessia me parece muy simpática. Dale recuerdos y las gracias de nuevo.

—Sí... Bueno, tengo que irme...

—Te quiero, mi vida.

—Yo también... Ah, la madre de Alessia dice que me lleva ella a casa cuando lleguemos.

—¡Qué bien! Cuando lleguéis a Roma llámame. —Vale. Adiós.

—Adiós, cielo.

Olivia, con el pelo mojado y peinado hacia atrás y con un vestido de flores de la condesa,

estaba sentada en el sofá, frotándose las manos.

—¿Qué? ¿Cómo celebramos nuestra última noche? Después de haber dormido tanto estaba mucho mejor. La cara se le había distendido y decía que las piernas y los brazos le dolían menos.

—¿Con una cena? —dije yo.

—Una cena. ¿Y qué manjares me ofreces?

—Pues... —Miré lo que quedaba en la despensa—. Nos hemos comido casi todo. ¿Atún y alcachofas en aceite? ¿Y de postre galletas rellenas?

—Perfecto.

Me levanté y abrí el armario.

—Tengo una sorpresa...

Le enseñé las cervezas.

Olivia las miró con los ojos muy abiertos.

—¡Bien por ti! ¿Y dónde las has conseguido? Sonreí.

—En casa del Cercopiteco. Se las robé cuando volví del hospital. Están calientes...

—No importa. Te adoro —dijo, y con la navaja suiza destapó dos y me pasó una.

—A mí no me gusta la cerveza...

—Da igual. Tenemos que celebrarlo. —Se llevó la botella a los labios y de un trago se bebió la mitad—. ¡Señor, qué buena está la cerveza!

También yo bebí, disimulando la repugnancia.

Pusimos la mesa con un mantel que encontramos entre la ropa blanca de la condesa. Encendimos una vela y dimos cuenta de todas las alcachofas y de dos latas de atún. Y de postre, las galletas.

Luego, con la tripa llena, nos arrellanamos en el sofá, a oscuras, con los pies en la mesa. Nos los observamos a la luz de la vela. Eran iguales. Blancos, largos y con los dedos finos.

Olivia se encendió un Muratti. Expulsó una bocanada de humo.

—¿Te acuerdas de cuando veraneábamos en Capri?

La cerveza me había soltado la lengua.

—No mucho. Sólo recuerdo que había un montón de escaleras. Y que había un pozo del que salían lagartijas. Y unos limones enormes.

—¿Y no te acuerdas de cuando te tiraron al agua?

Me volví a mirarla.

—No.

—Estábamos en la lancha de papá, ante los Farallones.

—La lancha la he visto en fotos. Era de madera brillante. Se llamaba *Sweet Melody II* En una de las fotos se ve a papá haciendo esquí acuático.

—La conducía un marinero bronceado, con el pelo rizado y una cadena de oro. A ti te aterraba el agua. En cuanto veías la playa, si no te poníamos los flotadores, empezabas a berrear. Sin ellos no subías ni al ferry. Pues aquel día estábamos en mar abierto y, mientras todos nos bañábamos, tú estabas agarrado a la escalerilla como un cangrejo, mirándonos. Cuando te proponíamos que nadaras, te ponías como loco. Luego cogimos unos erizos y nos los comimos con pan. Papá y el marinero habían bebido mucho vino y el marinero contó que ellos, para quitarles el miedo al agua, arrojaban al mar a sus hijos sin flotadores ni salvavidas. Al principio se hundían pero al final todos acababan nadando. Tú estabas en tu bañera jugando con tus juguetes, se te acercaron por detrás, te quitaron los flotadores y tú empezaste a forcejear y a chillar como si estuvieran despellejándote, yo les decía que te dejaran, pero no me escuchaban. Y nada, te tiraron al agua.

Yo la escuchaba extrañado.

—¿Y mi madre no hizo nada?

—Ese día no estaba.

Sonrió.

—Te hundiste. Papá se lanzó en tu rescate. Pero al instante saliste a flote gritando como si te hubiera mordido un tiburón. Empezaste a bracear y... saliste nadando.

—¿De veras?

—Sí, a lo perro, con los ojos desorbitados, te agarraste a la escalerilla y subiste como si el agua fuera lava.

—¿Y entonces?

—Entonces corríste a la cabina y te acurrucaste en la cama temblando y resoplando. Papá trataba de tranquilizarte, decía que lo habías hecho muy bien, que eras un gran nadador, que ya no necesitabas los flotadores. Pero tú seguías llorando. Le gritabas que se fuera.

—¿Y luego?

—Te quedaste dormido de golpe. Como si te hubieran anestesiado. Nunca había visto cosa igual.

—Y tú... ¿tú qué hiciste?

—Yo me acosté a tu lado. La lancha arrancó. Y tú y yo nos quedamos en la cabina, con el olor a gasolina y con todo vibrando y tableteando.

—¿Tú y yo?

—Sí. —Dio una calada al cigarrillo—. Tú y yo.

—¡Qué extraño! No me acuerdo de nada. Papá nunca me lo contó.

—Claro, porque hizo una tontería... Y si se enteraba tu madre, lo mataba. ¿Y ahora nadas? Me encogí de hombros.

—Sí.

—No tienes miedo al agua.

—No. Estuve un tiempo haciendo natación. Pero luego lo dejé, con agua en los oídos no consigo pensar. Odio la piscina.

Olivia apagó el cigarrillo en la lata de atún.

—¿Qué es lo que más odias en el mundo?

Tantas cosas.

—Las fiestas por sorpresa, quizá. Hace dos años mi madre me organizó una. Un montón de gente felicitándome. Una pesadilla. La Nochevieja también me repugna bastante. ¿Y tú?

—Yo... Déjame pensar. Yo odio las bodas.

—Sí, también son repugnantes.

—¡Espera! —Olivia se levantó—. Mira lo que he encontrado.

Cogió una maleta cuadrada roja. La abrió. Dentro había un tocadiscos.

—A lo mejor aún funciona.

Lo enchufamos y el plato giraba. Buscó en una caja llena de discos.

—¡Hale! Mira, ¡qué maravilla! —Sacó un single y me lo enseñó—. Me encanta esta canción.

Lo puso y con voz insegura se puso a cantar con Marcella Bella:

—«Recuerdo montañas verdes y carreras de una niña con mi amigo más sincero, un conejo de hocico negro...»

Bajé un poco el volumen.

—Flojo... Flojo... Que pueden oírnos. La señora Barattieri, el Cercopiteco...

Pero Olivia no escuchaba. Bailaba delante de mí contoneando el cuerpo y cantando en voz

baja:

—«Hasta que un día me llevó el tren, y la hierba, el prado y lo que era mío desaparecían...»

Me cogió de las manos y mirándome con aquellos ojos líquidos me atrajo hacia sí.

—«Mi destino es estar contigo, junto a ti no tendré miedo y me volveré un poco niña...»

Resoplando y con vergüenza me puse a bailar. Eso era lo que más odiaba: bailar.

Pero aquella noche bailé y mientras lo hacía experimenté una sensación nueva, la sensación de estar vivo, de que me asfixiaba. Unas horas después saldría de aquel sótano. Y todo volvería a ser como antes. Pero ahora sabía que al otro lado de aquella puerta el mundo me esperaba, y que podía hablar con los demás como cualquier otro. Decidir cosas y hacerlas. Podía marcharme. Podía ir a la escuela. Podía cambiar os muebles de mi habitación.

El sótano estaba oscuro. Oía la respiración regular de mi hermana tendida en el sofá.

Se había bebido cinco botellas de cerveza y se había fumado un paquete de Muratti.

No podía dormirme. Quería seguir hablando, pensaba en el robo al Cercopiteco, en cuando vi a los otros partir de vacaciones, en la cena con cerveza y en mi hermana y yo hablando como adultos y bailando al son de *Montañas verdes*.

—¿Olivia? —susurré.

Tardó un poco en responder.

—¿Sí?

—¿Duermes?

—No.

—¿Qué harás cuando salgas de aquí?

—No lo sé... A lo mejor me marchó.

—¿Adónde?

—Tengo una especie de novio en Bali.

—¿En Bali? ¿En Indonesia?

—Sí, da clases de yoga y da masajes en una playa de no sé dónde llena de palmeras. Hay un montón de peces de colores. Quiero saber si seguimos saliendo. Quiero intentar ser su chica de verdad. Si él quiere...

—Su chica —murmuré con la boca en la almohada.

Aquél tenía suerte. Podía decir: «Olivia es mi chica.» También yo quería irme a Bali. Coger el avión con Olivia. Y reír en la cola de facturación sin necesidad de decirnos nada. Ella y yo volando hacia los peces de colores. Y Olivia le diría a su chico: «El es Lorenzo, mi hermano.»

—¿Cómo se llama tu novio? —le pregunté, no sin esfuerzo.

—Román.

—¿Es simpático?

—Estoy segura de que te caería bien.

Me gustó que Olivia me conociera lo bastante para saber que su novio me caería bien.

—Escucha, quiero decirte una cosa... Yo dije que me iba a esquiar a Cortina porque me metí en un lío. En el instituto oí a unos compañeros que decían que iban a esquiar. A mí no me invitaron. Y a mí me da igual irme de excursión con nadie. Pero en casa dije a mis padres que me habían invitado. Mi madre se lo creyó y se puso a llorar de alegría, y ya no tuve valor para decirle que era mentira, por eso me he escondido aquí. ¿Y sabes qué? Desde aquel día estoy preguntándome por qué les mentí.

—¿Y lo sabes?

—Sí. Porque quería ir. Porque quería esquiar con ellos, yo esquío bastante bien. Porque quería enseñarles pistas secretas. Y porque no tengo amigos... Y quería ser como ellos.

Oí que se levantaba.

—Hazme sitio.

Me corrí y ella se tumbó a mi lado y me abrazó estrechamente. Noté su rodilla huesuda. Le puse la mano en el costado, podía contar las costillas. Empecé a acariciarle la espalda. Palpaba las vértebras salientes.

—Olivia, ¿me prometes una cosa?

—¿Qué?

—Que no vas a drogarte más. Nunca más.

—Te lo juro por Dios. Nunca más. No vuelvo a caer en esta mierda —me susurró al oído—.

Y tú, bobo, ¿me prometes que nos veremos?

—Te lo prometo.

Cuando desperté mi hermana se había ido.

Me había dejado una nota.

CIVIDALE DEL FRIULI

12 DE ENERO DE 2010

DOY un sorbo de café y releo la nota.

Querido Lorenzo:

He recordado que otra cosa que odio son los adioses, así que prefiero irme antes de que te despiertes.

Gracias por haberme ayudado. Me alegro de haber descubierto a un hermano escondido en un sótano.

No olvides cumplir tu promesa.

Tuya,

Oli

P. S. Ojo con el Cercopiteco.

Hoy, diez años después, la releo por primera vez desde aquella noche.

Doblo la nota y la guardo en la cartera. Cojo la maleta y salgo del hotel.

Sopla un viento frío pero entre las nubes ha asomado un sol pálido que me calienta la frente. Me subo el cuello de la chaqueta y cruzo la calle. Las ruedas de la maleta traquetean contra los adoquines.

La calle es ésta. Entro por una puerta de piedra que da a un patio cuadrado lleno de coches.

Un portero me indica la dirección. Abro la puerta de cristales.

—¿Sí?

—Soy Lorenzo Cuni.

Me hace seña de que lo siga por un pasillo. Se detiene ante una puerta.

—Aquí.

—¿La maleta?

—Déjela ahí.

Es un recinto grande, de ladrillos blancos. Hace frío. Mi hermana yace sobre una mesa. Una sábana la cubre hasta el cuello. Me acerco. Me cuesta poner un pie delante del otro.

—¿Es ella? ¿La reconoce?

—Sí... Es ella. —Me acerco otro poco—. ¿Cómo me han localizado?

—En la billetera de su hermana había un papel con su número.

—¿Puedo quedarme a solas con ella?

—Cinco minutos.

Sale y cierra la puerta.

Levanto la sábana y le cojo la mano amarilla. Está flaca como en el sótano. Tiene la cara distendida y sigue estando muy guapa. Parece dormida.

Me inclino y acerco la cara a su cuello.

Olivia Cuni nació en Milán el 25 de septiembre de 1976 y murió en el bar de la estación de Cividale del Friuli el 9 de enero de 2010, de sobredosis. Tenía treinta y tres años.

FIN